BOLSILIBROS BRUGUERA

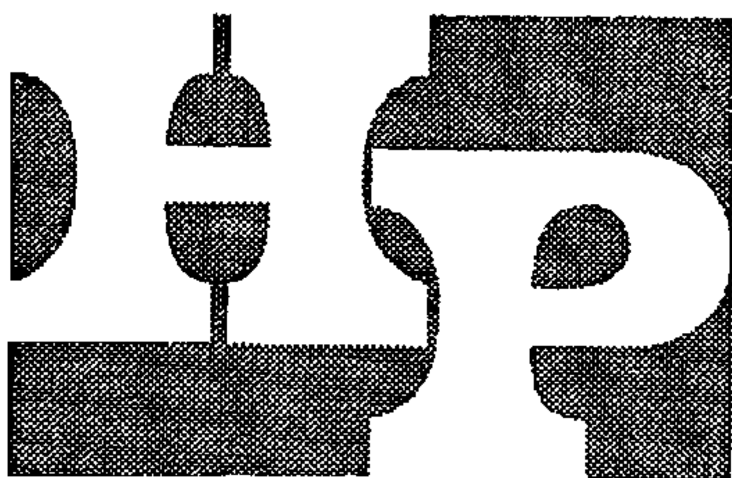
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

TODOS MURIERON DE PIE







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

TODOS MURIERON DE PIE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 223
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 5845-1974

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

En esta novela, mezcla de fantasía y de realidad, se aportan unos nuevos datos sobre el hecho sangriento que marcó un jalón en la historia de los Estados Unidos: el asesinato del Presidente Abraham Lincoln.

Dichos datos forman una trama que supera la más exaltada fantasía, y han sido muy poco conocidos hasta hoy.

Agradezco al profesor Hartley, de la Universidad de Harvard, las noticias que tan gentilmente me facilitó acerca de las viejas familias del Sur y de la extraña y sangrienta historia de los Brandon.

S. K.

CAPÍTULO PRIMERO

EL MUERTO QUE VOLVIÓ

Sheila iba a ser ahorcada.

Le habían recogido sus largos cabellos rubios, atándoselos sobre la nuca. Le habían amarrado las manos con un pedazo de soga. Sus pies estaban aún libres, pero eran lo único que podía mover. Su vestido amarino limón había sido desgarrado por varios sitios a causa de la lucha sostenida, dejando ver extensas zonas de su piel morena.

Estaba ya bajo un árbol, a tres millas de la ciudad, y tenía la soga pasada alrededor del cuello.

Los hombres que la rodeaban eran cinco.

Dos de ellos eran, por decirlo así, los verdugos o los encargados de la ejecución. El tercero era el juez. El cuarto era un comisario y el quinto un testigo.

Todos iban armados, a excepción del juez, quien vestía de negro y llevaba como única arma de combate un libro también negro, en el que se contenían todas las leyes del Estado de Luisiana.

El juez hizo una señal a los dos hombres encargados de la ejecución y éstos dieron el último toque a la soga que se ceñía alrededor del cuello de la condenada.

—Sheila Winter, ¿tienes alguna última petición que hacer para que sea cumplida después de tu muerte? —preguntó.

Ella dirigió una postrera mirada a su alrededor. Todo estaba quieto y silencioso, allí. Su mirada sólo abarcaba árboles, árboles, árboles… ¡los eternos árboles de los bosques de Luisiana! Y pensó que, de uno de ellos, quizá el más feo y seco, iba a colgar su cuerpo

dentro de unos instantes.

Algo se sublevó de repente en ella, algo pareció hervir en su sangre, y de un modo rabioso y brutal, sin que su voluntad interviniera en ello, se dispuso a luchar por su vida.

Dio un puntapié a los verdugos e intentó morder al comisario, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Estaba vencida.

El juez ordenó:

—¡No esperéis más! ¡Tirad de la cuerda!

Los dos verdugos se dispusieron a obedecer.

Y fue entonces cuando sonó aquella voz.

—Yo, en vuestro lugar, no lo haría.

Todos se volvieron. Pareció como si hubieran sido magnetizados un instante. Aquella voz seca, dura, pero, tan sonora como un disparo, les había sobrecogido. De una forma maquinal, llevaron las manos a sus armas.

—Yo tampoco lo haría —repitió aquella voz.

Vieron entonces al hombre que hablaba. Iba montado a caballo y no hacía nada por ocultarse, pero la espesura del bosque y del follaje, y los rayos de sol que caían oblicuamente, habían hecho que no lo vieran hasta entonces. Lo primero que notaron fue que empuñaba un rifle pavonado último modelo y que les estaba apuntando con él.

También notaron otras cosas. Notaron, por ejemplo, que tenía unos ojos grises y con un frío brillo de metal, igual que dos bolas de acero. Que llevaba un sombrero gris agujereado por una bala, y bajo cuyas alas asomaban unos cabellos entre rubios y negros. Notaron también que era de complexión atlética y que, además del rifle, llevaba dos revólveres colgados al cinto.

Al principio no relacionaron a aquel hombre con ninguna imagen conocida, con ningún recuerdo concreto.

Fue el comisario el primero que lo reconoció.

—¡Pero si es Clive Brandon!

Los otros le miraron atónitos. Por un momento, quedaron tan asombrados que dejaron caer otra vez las armas en las fundas.

—No puede ser —susurró el juez, sin dejar de mirarle—. Yo mismo extendí su acta de defunción.

—Pero los muertos vuelven a veces.

—¡Perro nordista! —Balbució el comisario.

Fue a sacar su revólver otra vez. El recién venido, dando la sensación de que no movía ni un músculo, hizo girar un poco el rifle y disparó. La bala atravesó la mano del agente, haciéndole soltar el revólver con un grito de dolor.

—Es sólo un aviso —murmuró Clive Brandon.

El juez estaba pálido como un muerto.

—Pero ¿de veras vienes a salvar a esta mujer? —aulló—. ¿Es que te has vuelto loco?

—No venía a salvarla. Pasaba por aquí cuando he oído rumores de lucha y me he detenido. Pero ya que he venido, no me marcharé hasta que ella haya quedado libre.

—Ha sido condenada legalmente.

—¡Oh, claro, lo supongo!

—¡No se puede bromear con esto, Brandon!

—No bromeo. ¿Les parece poco serio lo que he hecho al atravesar la mano a ese hombre? Si es así, no se preocupen. Dispararé un poco más arriba.

—Esta mujer ha sido condenada por asesinato —articuló el juez.

—¿Por asesinato de quién?

—Del viejo Zacarías Zoltan.

Clive Brandon lanzó una carcajada que no tenía nada de alegre. Más bien daba la sensación de una mueca de aburrimiento y de pena.

—Supongo que el viejo Zacarías Zoltan murió de asco o se le disparó el rifle por casualidad. Todos lo conocíamos y sabíamos lo distraído que era. Cargarle a uno su muerte, es lo más fácil que se le puede ocurrir a un juez sin escrúpulos. Sobre todo, si la acusada es una mujer tan odiada como Sheila.

—¿Pretende decir que la hemos condenado injustamente?

—No pretendo decirlo, lo digo.

El juez alzó furibundo sobre su cabeza el libro da las leyes.

—Entonces, según usted, muerto en vida, ¿qué es lo que nos ha movido a condenarla?

—Que Sheila ha sido hasta hace poco, hasta el final de la guerra civil, una espía al servicio del Norte.

Clive Brandon supo que había dado en el clavo por las expresiones consternadas de todos, que cambiaron, entre sí una rápida, mirada de inteligencia. Pero haber acertado una cosa tan

sencilla no le enorgulleció.

—Antes fue espía al servicio del Sur —dijo uno de los verdugos.

—Lo sé, como sé también que Sheila ha sido en muchos aspectos una mujer despreciable.

Su mirada gris envolvió en un rápido parpadeo a la mujer, que debía tener unos treinta años y estaba en lo mejor, en lo más sano y maduro de su juventud opulenta.

El vestido amarillo limón, roto por varios sitios, no servía precisamente para ocultar esta realidad.

—Sé que Sheila ha vivido del engaño como tantas y tantas otras mujeres durante la guerra —dijo Clive, en voz baja—. Pero últimamente servía al Norte, y vosotros la odiáis por esa razón. La guerra ha terminado hace apenas unos días y vosotros no podéis tolerar que él Sur la haya perdido. Por eso, aprovechando los restos de autoridad que aún quedan en vuestras manos, estáis ejecutando a todos los partidarios del Norte que os es posible, achacándoles crímenes imaginarios y «asesinándolos legalmente». Eso es lo que pensabais hacer con Sheila y eso es lo que yo estoy dispuesto a impedir.

Los cuatro hombres que aún quedaban útiles, rechinaron los dientes casi al mismo tiempo.

Uno de los verdugos llevó disimuladamente la mano derecha a su cintura, de la que pendía un «Colt».

Sheila gimió:

—¡Oh, Cly, sabes que siempre te quise, sabes que eres el único hombre por el que he sentido interés, por el que de verdad he sentido algo!

Clive se limitó a suspirar:

—Menos comedia, hermana.

Pero ya la había mirado otra vez. Ya todos habían tenido la sensación de que se estaba distrayendo.

El verdugo, moviéndose a una insospechada velocidad, logró sacar su revólver e hizo fuego antes de que Clive desviara el rifle. La bala, que iba destinada a su, corazón, alcanzó sólo el guardamontes del arma, desviándose con un chasquido metálico. Clive soltó el rifle como si le quemase y llevó con velocidad centelleante las manos a su cintura, mientras se dejaba caer del caballo por el lado izquierdo.

Un nuevo balazo salió ligeramente desviado, rozando las orejas del animal, que se encabritó.

Clive, en el suelo, había «sacado» ya.

Disparó por entre las patas de su caballo.

El verdugo, que ya iba a hacer fuego a ras de tierra, recibió la bala a la altura del corazón y cayó lanzando un gemido, mientras soltaba su revólver. El que actuaba de testigo había sacado también un «Colt». Disparó, no acertando por un par de pulgadas, y sintió entonces como un leve choque en la frente. Murió sin darse cuenta de que acababa de recibir una bala entre las cejas.

Los otros tres hombres, uno de ellos herido en la mano, no intentaron nada más. Quedaron como, petrificados mirando a Clive Brandon, quien se había puesto en pie y soplaba calmosamente en el cañón de su revólver.

—Soltad a la mujer.

El juez todavía advirtió:

—Piense lo que hace, Brandon.

—Está pensado ya.

—El Norte ha ganado la guerra, pero aquí nosotros todavía representamos la Ley.

—Una Ley que yo no estoy dispuesto a aceptar.

—Esto puede llevarle a la horca.

Clive Brandon se encogió de hombros. Fue terrible la indiferencia con que dijo:

—¿Y qué?

Los tres hombres se miraron estupefactos a la cara mientras soltaban a la mujer.

—¿Para qué has vuelto a Luisiana, Clive Brandon? —preguntó temblorosamente el juez—. ¿Qué te ha empujado a regresar?

—Ésta es mi tierra.

—Ya no lo será más, puesto que tú luchaste contra ella.

Clive Brandon sonrió tristemente.

—Quiero vivir aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—En casa de mis hermanos.

A pesar de la gravedad de la situación, el juez lanzó al aire una brusca carcajada.

—¿Con tus hermanos? Pero ¿qué has llegado a pensar? ¿No

sabes que te matarán en cuanto te vean? ¿Acaso ignoras que Jess ha afilado un hacha y que la guarda para el día en que vuelvas a poner les pies en esta tierra?

Otra vez aquella sonrisa triste, cansada, de Clive Brandon.

—Si yo ya soy un muerto, ¿cómo va a matarme?

Se dio cuenta de que los tres hombres retrocedían, como asustados, dispuestos a perderse entre la espesura del ramaje. No lo impidió.

—Espero tener pronto noticias vuestras —dijo—. El enviarme un ataúd, por ejemplo.

Sheila, que ya estaba libre, se había acercado a él e intentaba besarle pasándole un brazo por el cuello. Sus labios entreabiertos de mujer que sabía besar estaban tan sólo a media pulgada de los suyos, de aquellos labios de Clive Brandon, que en cuatro años no habían besado a ninguna mujer. Pero Clive no quiso aceptar su caricia.

—Márchate de aquí —susurró—. Cuanto más lejos huyas de esta tierra, mucho mejor.

La apartó suavemente y montó de un salto en su caballo, que caracoleaba impaciente junto a los muertos.

Marchó al trote después de esperar prudentemente a que Sheila se alejase una distancia razonable.

Hubiera querido que su caballo volase, hubiera querido estar bien lejos de allí.

Pero su caballo solo iba al trote.

Y hasta él llegaban las voces del juez y los otros dos hombres que quedaban con vida.

—¡Tus hermanos te matarán! ¡Te matarán esta misma noche!

CAPÍTULO II

LA VIEJA CASA DE LOS CINCO PISTOLEROS BRANDON

La casa parecía una tumba.

Vista desde allí, desde el camino flanqueado por los viejos sicómoros, la antigua mansión de los Brandon, antes tan lujosa, tenía un aspecto tétrico y abandonado, como una de esas tumbas en las que ya no se sabe quién está enterrado y a la que los familiares jamás llevan flores. Clive, desde el camino, mientras frenaba su caballo, pensó precisamente en eso: en una sepultura.

A la mansión se llegaba por aquel camino flanqueado de sicómoros o por la extensa llanura que había detrás de la casa. Antes esa llanura fue un jardín cuidado por docenas de esclavos y que en las mañanas de primavera extendía por todos los alrededores una maravillosa fragancia. Pero ahora ese jardín se había convertido en una especie de selva. Ya no había esclavos que lo cuidasen. Ya no había nadie que atendiera la casa.

Antiguamente, los señores llegaban a ésta por el camino, bordeado de sicómoros, mientras que los empleados, los esclavos y los sirvientes lo hacían por un camino lateral del jardín, que daba a la parte trasera. Antaño, el que a uno le obligasen a entrar precisamente por esa parte significaba una humillación.

De modo que Brandon no dudó ni un momento y fue a penetrar en la explanada delantera de la casa precisamente por el camino de sicómoros.

De pronto, una voz le dijo:

—¡Quieto, Clive!

Clive detuvo nuevamente el caballo, que ya había vuelto a poner al trote, y giró la cabeza.

Un hombre barbudo, vestido con ropas que aún llevaban las insignias del Ejército del Sur, le apuntaba con un rifle.

Clive susurró:

—Hola, Jess.

Aquel hombre barbudo, sudoroso, con expresión de fiera acorralada, era su hermano.

—¡He dicho que quieto!

—Ya lo estoy.

—¿A qué has vuelto?

—Ésta es también mi casa, ¿no?

—Lo era.

—Me parece que no es éste el momento adecuado para discutir una cosa así, Jess. Déjame pasar y cuando haya visto a todos, hablaremos de eso.

—Tú no puedes pasar por aquí.

—¿Por qué no? Éste es el camino de entrada a la casa.

—Lo es para los dueños, pero no para los esclavos. Los esclavos tenéis que entrar por la parte trasera. Hazlo.

Una sonrisa casi imperceptible distendió los labios de Clive.

—Acabo de matar a dos hombres, Jess.

—¿Quieres decir que también podrías matarme a mí?

—No. Sólo he dicho que acabo de matar a dos hombres, y me disgustaría matar a un tercero porque eso me iba a estropear la tarde.

—Sigues siendo el cínico que siempre fuiste, Clive.

—Es que cuando uno tiene una virtud, hay que conservarla.

Jess lanzó una maldición en voz baja, levantó el rifle a la altura de sus ojos y disparó entre las patas del caballo, que se encabritó estando a punto de lanzar a su jinete. Pero éste no se puso nervioso.

—¡Entra por el jardín o no entrarás por ningún sitio, Clive! —gritó Jess—. ¡El sitio donde estás es excelente para una tumba!

Clive miró hacia el porche de la casa.

Atraídos por el disparo, tres hombres habían salido para ver lo ocurrido. Tres hombres y una mujer.

Clive enumeró mentalmente sus nombres, al verlos a través de la distancia. Barry, Temple, Richard… Y Nora. Nora, la dulce.

Jess aulló:

—¡Deja de mirar y da la vuelta por la parte trasera si quieres seguir viviendo!

No era momento para discutir. Clive hizo girar un poco su caballo, pasó al trote muy cerca de su hermano, y rodeando la casa, entró en ella por su parte posterior, a través del jardín que ahora estaba convertido en un enmarañado pedazo de selva.

Al llegar al porche, vio a Jess que se acercaba con el rifle todavía montado.

Los otros estaban allí. Clive los pudo mirar con más detalle, entre el silencio espantoso que se hizo a su entrada.

Su primera mirada fue para Nora.

Nora susurró:

—Hola, Cly…

Fue la única que le dijo algo. Todos los demás guardaban silencio y sus rostros parecían tallados en piedra.

Todos vestían viejos uniformes del Sur, de los que habían arrancado los entorchados y los distintivos. No iban tan barbudos como Jess, pero su aspecto destrozado era poco más o menos el mismo. Richard, el mayor, llevaba la guerrera desabrochada y por el hueco se veía su pecho completamente vendado y con los vendajes tintos en sangre.

Clive descendió del caballo, subió los peldaños que conducían al porche, y una vez allí, se detuvo.

Richard tosió angustiosamente, y las manchas rojas de sus vendajes se hicieron más intensas.

Una vez en lo alto del porche, Clive se desprendió de sus cintos canana y los dejó caer al suelo, a sus pies. Los revólveres produjeron un ruido sordo al caer sobre las tablas.

—Vengo en son de paz —dijo.

Todos guardaron un breve silencio. Al fin fue Nora, impulsiva, la que habló:

—Creíamos que estabas muerto…

—Y todos lamentamos que la noticia no haya resultado cierta —dijo Richard.

Clive le miró.

Richard sudaba de angustia y se apretaba fuertemente el pecho, del que seguía goteando sangre.

—He visto al juez —dijo Clive—. Me ha explicado que él mismo extendió mi acta de defunción.

—Sí, porque hubo testigos que declararon haberte visto muerto en Richmond.

—Ya veis que no es cierto.

—Y nosotros lo lamentamos.

—Hubo muchos muertos allí y resultaba fácil confundirse.

—Claro. Pero hubo uno al cual no confundimos.

—¿Quién?

Richard señaló con el mentón un lugar situado cerca del camino, lugar sombreado por varios helechos y donde se levantaba una lápida.

—Philip —dijo solamente.

Clive miró hacia allí y sus ojos se enturbiaron. Philip, el más joven y el más alegre de aquellos hermanos que soñaron con la grandeza del Sur. Philip, el muerto que ya no volvería…

—¿Cayó en Richmond? —preguntó.

—Sí. ¿Y no sabes por casualidad qué regimiento de caballería nordista fue el que deshizo nuestras filas?

Clive se mordió el labio inferior, pero soportó impávido la mirada acusadora de los hombres.

—El mío —confesó.

—Sabíamos eso. Y sabíamos también que tú no pudiste matar a Philip, puesto que en la lucha cuerpo a cuerpo lo habrías reconocido… y tú sentías antes por Philip cierta simpatía. Pero al recibir esa terrible noticia de la muerte de nuestro hermano hubo algo que nos consoló, y fue el saber que tú habías muerto también. En cierto modo estaba vengado.

—Mi llegada —dijo Clive fríamente—, es, pues, una mala noticia.

Temple extrajo de un tirón el largo cuchillo que llevaba al cinto.

—No os preocupéis. Yo remediaré eso enseguida. Yo voy a daros ahora la buena noticia…

Nora se colocó delante de él, cortándole el paso antes de que levantase el cuchillo.

—¡Por Dios, Temple! Estáis locos los tres…

—Enfunda ese cuchillo —dijo fríamente Clive—. No me gustaría haber vuelto a Luisiana para sembrar el camino de muertos.

—¿Es que has matado a alguien ya?

—Asegura que ha liquidado a dos hombres —declaró Jess, que ya había llegado a la parte baja del porche…

—¿Es cierto? —preguntó Barry.

—Sí.

—¿Y por qué los has liquidado? ¿Quizá para estar entrenado y mantenerte en forma?

—Lo he hecho para salvar a una mujer. A una mujer llamada Sheila.

Clive estaba mirando a los tres hombres y no advirtió el repentino brillo —un brillo como de lágrimas—, que apareció bruscamente en los ojos de Nora.

La muchacha volvió enseguida la cabeza para que él no lo notase.

Temple, que era un verdadero coloso de hombros hercúleos y brazos largos como los de un gorila, lanzó una carcajada brutal.

—No te habrás enamorado de Sheila, ¿verdad?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque todos los hombres de Luisiana la han amado… y todos han tenido motivos para creer que ella les correspondía.

Lanzó otra burlona carcajada y se calló al ver que todo aquello no producía el menor efecto en Clive.

—No estoy enamorado —dijo éste—. He venido tan sólo para vivir en paz.

—Pues has elegido el peor sitio —observó Richard mientras volvía a toser—. Un oficial del Norte no tiene cabida en casa de los Brandon, que han dado todos, su sangre por la causa del Sur.

—La guerra ha terminado.

—Ha terminado legalmente, pero en las conciencias nunca terminará. La paz se ha firmado hace tan sólo unos días. Muy pocos días para que hayamos podido olvidar.

—No os pido que olvidéis.

—Y a los perros como tú mucho menos.

Se había vuelto a formar nuevamente una tensión brutal entre ellos. Nora tuvo que volver la cabeza mientras suplicaba:

—Por Dios…

Richard fue a abalanzarse sobre el recién llegado, pero le acometió un ataque de tos y tuvo que doblarse sobre sí mismo

mientras se llevaba las manos al pecho. Los vendajes que le cubrían el tronco estaban ya tintos en sangre. Las rodillas se le doblaban también.

Clive fue a sujetarle, pero Richard se revolvió gritando:

—¡Suéltame perro…!

—Déjale —suplicó Nora mientras tendía las manos al herido—. Déjale…

Se lo llevó de allí hacia el interior de la casa. Clive se dio cuenta de con cuanta delicadeza le cuidaba la muchacha. Y de la especie de placer con que el herido se dejaba cuidar por ella.

Todos pasaron al interior de la casa, como preocupados por la suerte que pudiera correr Richard, y Clive les siguió.

Richard había sido ya tendido en una cama, junto a una ventana sin cristales. Por el aspecto de aquella cama, se adivinaba que Richard pasaba en ella la mayor parte del día. Ahora estaba perdiendo mucha sangre otra vez y tenía todo el aspecto de haber sufrido una grave recaída.

—Eso también te lo debemos a ti… —silbó Barry entre dientes.

Richard, intensamente pálido, le silabeó:

—Te conozco, Clive… Tú dices que has venido aquí para vivir en paz, pero no es cierto. Tú has venido aquí a trabajar. Los buitres y las hienas siempre trabajan. Has venido aquí por algún motivo especial…

Clive apretó los labios para decir:

—He venido aquí porque se sospecha que sois la peor cuadrilla de asesinos que ha conocido Luisiana…

CAPÍTULO III

LA GRAN CONJURA

El hombre gimió:

—¡No lo hagas, Charlie, no lo hagas…!

Se había tapado el rostro con las manos y había caído de rodillas. Frente a él, Charlie acariciaba el cañón extra largo, de su «Colt Frontier».

—¿Por qué no he de hacerlo, Thomas?

—¡Tú eres mi amigo! ¡Has dicho que me traías aquí para prestarme mil dólares! ¡Pero esto es un asesinato! ¡Piénsalo! ¡Si disparas será un asesinato!

Charlie rió de una forma nerviosa, inquietante.

—A veces, Thomas, me das asco.

—¡No soy más que un pobre hombre, Charlie! ¡Siempre he procurado no tener enemigos! ¡Por Dios, no dispares contra mí! ¡Si lo haces te pesará en la conciencia durante toda tu vida!

—¿Quién habla ahora de vida y de conciencia? ¿Sabéis vosotros lo que es la conciencia, muchachos?

Los tres hombres que estaban junto a Charlie, empuñando también «Colt Frontier» de cañón extra largo, soltaron una risotada.

Thomas se arrastró sobre sus rodillas.

—¡No podéis matarme! ¡Nunca os he hecho nada! ¡Y tú eras mi amigo, Charlie! ¡Incluso dijiste que ibas a prestarme mil dólares!

—Es que no te he mentido.

La cara de Thomas, una cara joven pero arrugada y carcomida por los sufrimientos, se alzó.

—¿Qué dices?

—Que no te he mentido.

—¿De verdad vas a prestarme los mil dólares?

—Y no voy a pedirte nunca que me los devuelvas.

Thomas hurtó la mirada, como si no quisiese que el otro viera su propia confusión, y durante unos segundos estuvo pensativo. Luego alzó el rostro otra vez. ¡Claro, era una broma! Bruscamente había comprendido. Charlie, siempre tan amigo de las burlas, se había estado riendo de él. Ni asesinato ni nada parecido. Sólo había querido divertirse un poco antes de prestarle los mil dólares.

Se puso lentamente en pie.

No estaban lejos de la ciudad, pero el lugar parecía uno de los más remotos de Luisiana. A su alrededor sólo árboles y follaje que susurraba siniestramente con el viento de la noche. A unas cincuenta yardas las aguas de un lago donde había caimanes y donde, según las leyendas populares, por la noche se paseaban los espíritus.

Nuevamente volvió a sentir miedo.

Pero no. Todo aquello era una tontería. Una broma de las que solía gastar Charlie, sólo que un poco más pesada que de costumbre.

—Aunque tú no me los pidas te devolveré los mil dólares —dijo —. Sabes que siempre pago mis deudas.

Charlie hizo una mueca con su cata que recorrían horribles cicatrices.

—¿Para qué necesitas ese dinero?

—Para dárselo a Sheila. Ella me lo ha pedido. Dice que está asustada y quiere marcharse de aquí.

—Y tú, estás enamorado de ella como un imbécil, ¿no?

—Estar enamorado no es malo, Charlie, aunque tú no lo comprendas porque no lo has estado nunca.

—¡Vaya con el sentimental! Está bien, hombre, está bien. Té entregaré esos mil dólares y no te los pediré nunca. Lástima que tú tampoco vuelvas a ver nunca a Sheila.

Thomas pareció sobresaltarse de nuevo, y todo su cuerpo tembló dentro del traje negro en que iba embutido.

—¿Otra vez las bromas, Charlie?

—¿Quién ha hablado de bromas, muchacho?

Thomas vio, en los ojos de Charlie algo siniestro, algo que era

como una pesadilla, y presa de terror volvió a caer de rodillas nuevamente.

—¡Noooo…! —gimió.

Fue Charlie el que disparó primero.

Lo hizo directamente al corazón, pero quizá porque el otro se movía no lo acertó de lleno. Thomas cayó de bruces y empezó a aullar. Los otros tres hombres descargaron sus revólveres entonces.

Ninguno disparó a la cabeza porque no deseaban desfigurarle. Querían que a Thomas se le reconociera bien.

Luego Charlie sacó de uno de sus bolsillos un papel doblado y un billete de mil dólares.

Charlie era alto, moreno, con un grueso bigote, y no tendría más de veintiocho años. Iba bien vestido y bien armado, pues sus revólveres eran de plata y sus ropas de la mejor calidad. Así, con el billete de a mil dólares en la mano, parecía un banquero.

Su voz demasiado ronca, cambiaba con frecuencia.

—Hacedle un agujero en el forro —ordenó a sus hombres.

Éstos dieron vuelta al cadáver, le desabotonaron la levita y rasgaron cuidadosamente un trozo del forro de ésta, dejando un hueco por donde pudieran introducir el billete y el papel doblado. Así lo hicieron cuando Charlie se los entregó. Luego uno de ellos, que ya llevaba una aguja enhebrada, cosió sumariamente el roto.

—Convéncete de que los papeles crujen —ordenó Charlie.

El otro lo comprobó.

—Crujen cuando se los toca. El papel es nuevo.

—Bien.

Los otros tres hombres se acercaron a Charlie. También iban bien vestidos, aunque no tanto como su jefe. No pusieron ningún interés en borrar las huellas de su paso.

—Vamos a los caballos —ordenó Charlie.

Se encaminaron, por entre la espesura, a un calvero que había a orillas del lago. Todo estaba silencioso y obscuro, aunque de cuando en cuando se oía cerca de las aguas el reptar de algún caimán. Los caballos piafaban impacientes en el calvero.

Eran cinco animales, pero el que había traído a Thomas estaba ya sin dueño.

—Dejadlo en libertad —dijo Charlie—. Volverá a la ciudad en cuanto lo desatemos. Eso llamará la atención forzosamente.

Así se hizo. Cuatro caballos fueron montados y el quinto quedó en libertad.

Parecía extraño, pero aquellos cuatro asesinos tenían el máximo interés en que su crimen se descubriese pronto.

Una hora después, dos hombres vestidos con ropas vaqueras, pero reflejando en sus cuerpos ésa rígida actitud de los que siempre han vestido uniforme, trotaban en sus caballos junto a las orillas del lago.

—Debes tener cuidado con los caimanes —dijo uno—. No te acerques tanto. También atacan en la obscuridad.

—Pues los otros no han tenido cuidado. Aquí hay huellas. Y están muy cerca del agua.

Desmontaron los dos y examinaron esas huellas a la luz de la luna que empezaba a surgir.

—Son cinco caballos —susurró uno de los, hombres.

—Sí. Y fíjate en las huellas de éste que se ha separado de los demás.

—Tienes razón. Están menos marcadas, lo que indica que el animal iba desmontado. Y además, resultan idénticas a las herraduras del caballo de Thomas Fingef, el que ha llegado sin jinete a la ciudad.

—No cabe duda; es su montura.

—Llegó aquí montado con los otros jinetes y luego su caballo partió solo. ¿Qué significa eso?

—Sencillamente una cosa: Que hemos de encontrar su cadáver a muy poca distancia de aquí.

—Sigamos las huellas.

Los dos hombres hablaban bisbiseando, como si temieran ser oídos, a pesar de saber que aquél era uno de los lugares más solitarios que había en la comarca.

Poco después, siguiendo el rastro de ramas desgajadas que se marcaba claramente entre el follaje, los dos hombres llegaron al lugar donde yacía el cadáver de Thomas.

El más alto de los dos —llamado Rangely—, fue el primero que lo vio.

—Mira, Steve.

—Es Thomas; seguro.

Y fue Rangely el primero que se inclinó sobre él.

—Lo han acribillado a balazos.
—Pero tiene la cabeza intacta. Es Thomas, sin duda.
—¿Por qué lo habrán asesinado?
—Me temo que sea algo relacionado con ese increíble complot.
—Dale la vuelta.

Lo hicieron girar. Fue entonces, al quedar el cadáver colgado entre sus brazos, cuando notaron que algo crujía entre sus ropas.

—Es en el forro —dijo Steve—. Vamos a arrastrarlo hasta esta zona más iluminada.

Lo hicieron, y a la luz de la luna encontraron fácilmente el burdo escondite. Rasgaron la tela, y Steve lanzó un silbido al introducir los dedos y sacar un papel doblado y el billete de a mil dólares.

—Alguien suponía que llevaba este dinero y ha querido robarle, pero los asesinos no han dado con el escondite. Quizá tenían prisa o se han asustado. Veamos lo que dice el papel.

Lo desdoblaron.

El papel escrito con una letra educada y fina —decía:

> «Boot: Ocúltese durante cuatro días más, a partir de mañana 15, en la casa de los hermanos que usted ya conoce. Se trata de una vieja mansión donde hay una habitación secreta. Ellos la pondrán a su disposición, ocultándole allí. Cuando hayan transcurrido esos cuatro días, puede salir porque estamos seguros de que su pista ya sé buscará en otro lugar muy distante.
>
> »A continuación diríjase a Washington empleando los medios más rápidos que estén a su alcance. En principio, los hermanos de que hemos hablado le facilitarán un caballo, y como es natural deberá salir de noche y sin llamar la atención. Una vez haya atravesado las fronteras de Luisiana ya podrá tomar diligencias y trenes, pero debe usar siempre el nombre de Murray. Recuérdelo: John Murray, comerciante que viaja desde California y que nada sabe de la guerra civil.

»Es inútil decirle que su misión resulta de tan gran importancia que ha de cambiar la historia de nuestro país. Cualquier distracción por su parte haría que lo perdiésemos todo y que muchos de los que nos han ayudado lo pagasen con la vida. Pero sobre todo piense que hasta el último minuto su existencia es preciosa. Es usted quizá el único partidario del Sur que a cien yardas puede acertar con un revólver normal entre las dos cejas de un hombre. Y piense que cuando tenga que ajusticiar al Usurpador no le dejarán acercarse a más de cien yardas.

»La persona que ha de entregarle esta nota es de la mayor confianza. Se trata de un viejo amigo del Sur, y sabe que no tiene que pedirle explicaciones».

«Firmado: Evans».

Los dos hombres, cuando terminaron de leer aquel papel, se miraron fijamente a los ojos.

Steve preguntó:

—¿Sabes lo que significa esto, Rangely?

—Me doy cuenta.

—¿Sabes quién es el que ellos llaman «El Usurpador»?

—No es difícil adivinarlo. Se trata ni más ni menos que del Presidente Abraham Lincoln.

Los dos hombres sintieron a la vez como un mismo y profundo estremecimiento.

—El presidente Lincoln… —susurró Steve—, ¡en peligro de ser asesinado! ¡En peligro de morir como un pistolero cualquiera, con una bala entre las cejas!

—Hay que avisar sin pérdida de tiempo al comandante Clive Brandon —susurró Rangely—. Hay que decirle cuanto antes que se han confirmado las sospechas y que las órdenes que se le dieron no eran infundadas.

Los dos hombres corrieron en busca de sus caballos, abandonando el cadáver. Los montaron y partieron a un rabioso galope.

Los dos tenían la terrible y enardecedora sensación de que la historia de los Estados Unidos dependía ahora de la velocidad de sus caballos.

CAPÍTULO IV

LA VIEJA MANSIÓN DEL SUR

El galope de los caballos retumbaba por todas partes en el silencio de la llanura.

Por todas las ventanas sin cristales parecía penetrar aquel redoble de los cascos. Los tres hombres se hallaban sentados en la única habitación que aún conservaba algunos muebles, y sus rostros brillaban a la luz de la lámpara de petróleo colgada del techo. La mujer entraba y salía silenciosamente trayendo y llevando las tazas de café. Clive Brandon era el único que estaba de pie, junto a la puerta.

No tomaba café porque sus hermanos no le habían invitado. No había cenado tampoco a pesar de las súplicas de Nora para que le dejasen sentarse a la mesa. Llegó un momento en que él dijo:

—No quiero que supliques, Nora. Es ridículo.

Y salió a la explanada que había delante de la casa para meditar ante la tumba de su hermano Philip.

Desde allí oyó regularmente, durante un buen rato, los quejidos ahogados de Richard, cuya herida debía haberse abierto de nuevo.

Y ahora estaba allí ante Jess, Barry y Temple, que le observaban escrutadores con sus ojos brillantes bajo la lámpara.

Clive preguntó:

—¿Dónde fue herido Richard?

—En una escaramuza cerca de Atlanta. Tiene un pulmón atravesado y el médico dice que no debe moverse de la cama o morirá. Pero él prefiere morir. De todos modos —sonrió secamente—, no estamos aquí para hablar de eso.

—Lo sé.

—Queremos que nos expliques bien lo que dijiste antes acerca de que somos la peor cuadrilla de asesinos de Luisiana. Entre nuestra disputa y los gemidos de Richard, no ha habido modo de hablar antes. Pero ahora tienes que explicárnoslo todo. Tienes que explicarnos qué es lo que te ha traído aquí.

Clive esbozó una media sonrisa que fue en su rostro como una mueca cuadrada.

—Sospechas —dijo.

—¿Sospechas de qué?

—De asesinato.

El mismo Jess lanzó una carcajada, pero fue una carcajada gutural y semejante al chirrido de una puerta.

—¿Sospechosos de asesinato? —preguntó cuándo hubo pasado su acceso de hilaridad—. ¿Crees que alguien hace caso ahora de una cosa así? Nosotros hemos matado a muchos hombres en desafío y jamás hemos tenido que comparecer ni tan siquiera ante el Juez. En cuanto al asesinato propiamente dicho, se han cometido muchos en esta parte de Luisiana. Warren, el otro día, mató por la espalda a un hombre…, ¿y sabes a qué le han condenado? ¡A tres meses de prisión! La vida de un semejante apenas vale nada en esta tierra, Clive. No nos vas a hacer creer que porque seamos sospechosos de asesinato has venido aquí a malgastar tu precioso tiempo. Además, ¿qué asesinato hemos cometido?

—Ninguno. Sólo se sospecha que vais a cometerlo. Ahora fue Barry el que rió bruscamente.

—Entonces hay menos razón todavía.

—Se sospecha —dijo Clive con calma—, que vais a cometerlo.

—¿Y sólo por eso se ha molestado la Unión en enviar a Luisiana, a un perro como tú?

—Sólo por eso.

—Debe ser muy importante la futura víctima.

—Lo es.

—¿Y de quién se trata, si puede saberse?

Clive contestó con entonación glacial:

—Ni más ni menos que del Presidente de los Estados Unidos.

Los tres hombres se quedaron boquiabiertos. La noticia les sorprendió tanto que hasta les cortó la respiración. Y eso sólo podía

significar una de dos cosas: o la acusación de Clive era demasiado falsa o era demasiado cierta.

Al principio se la tomaron a risa.

Los tres lanzaron al unísono una carcajada que tenía mucho de burlona y de hiriente para Clive.

—¿Estás loco? —preguntó Jess.

Y Barry:

—¿Por quién nos has tomado?

—Nos haces un gran honor —dijo por último Temple—. No somos más que unos pobres desdichados hundidos en una vieja casona que ni siquiera tiene cristales en las ventanas. Uno de nosotros, Richard, está con un pulmón atravesado y tose sangre en cuanto dice dos palabras seguidas. Nuestros revólveres son viejos y nuestros caballos mueren de hambre y de asco en las cuadras. ¿Y tú nos acusas nada menos que de querer asesinar a Abraham Lincoln, el presidente de los Estados Unidos? Tiene gracia. Pero es una gracia que da verdadero asco, Clive. No sabemos si reír o llorar.

Clive dijo con voz helada:

—No sois vosotros, probablemente, los que pensáis asesinar a Abraham Lincoln, nuestro Presidente. Pero ocultáis al hombre que ha de hacerlo.

—¡Absurdo!

—Ese hombre se llama Boot. Sabemos que prepara el crimen. Le venimos siguiendo la pista desde hace dos semanas.

—¿Y creéis que se oculta aquí?

—Sí.

La voz de Clive era rotunda, seca.

Nora, que estaba en la puerta de la habitación con una bandeja y tres tazas más de café, lo dejó caer todo al suelo sonoramente.

Pero la atención de los tres hombres estaba tan concentrada en Clive que ni siquiera prestaron atención al ruido.

—Tú eres un oficial nordista y no un policía —dijo Jess en voz baja.

—Se me ha dado un permiso especial en el Ejército para que pudiera ocuparme de esta misión.

—¿Y por qué a ti precisamente?

—Porque yo era el único hombre del mundo que podía entrar en esta casa sin despertar demasiadas sospechas. Al fin y al cabo, tengo

derecho a vivir aquí. Por eso me seleccionaron.

—Pero volvemos a lo absurdo —suspiró Barry con cansancio—. ¿Por qué se sospecha de nosotros? ¿Quiénes somos, al fin y al cabo, para que se nos atribuya una importancia tan grande?

—¿Quién es Boot? —preguntó Clive por toda, respuesta.

—Un desconocido —confesó Jess.

—Igual que vosotros. Un desconocido, y sin embargo, ya hay en este momento docenas de hombres tras sus huellas. ¿Quién era Bruto antes de asesinar a Julio César? Un desconocido también. Boot sólo será famoso —tristemente famoso—, si consigue asesinar a Abraham Lincoln. Y vosotros, unos desconocidos ahora, podéis ser tan tristemente famosos como él.

Temple se puso en pie.

—¿Por qué se sospecha?

Porque habéis dicho en varios sitios que estabais ayudando a un hombre que iba a cambiar el curso de la Historia, y porque una carta comprometedora que tú, Barry, firmabas, fue hallada sobre el cadáver de un correo a caballo hace menos de tres días.

Barry fue el que se puso en pie ahora, y su impresionante estatura pareció dominar a todos excepto a Clive, que era tan alto como él.

—¿Ésa es la razón de que hayas vuelto a la casa? —preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué nos explicas tus propósitos? ¿No estarás hablando demasiado y estropeas tus propios planes?

—No.

—Pues lo parece.

—No sé si os habréis dado cuenta, pero os estoy dando una oportunidad. Cuando acepté esta misión no fue para enviaros a la horca, sino para tratar de salvar vuestras vidas. Al decir qué se sospecha de vosotros y que he venido a descubrir la verdad, lo que pretendo es que me digáis dónde está ese hombre y os pongáis a salvo inmediatamente. Prometo que vuestro honor quedará a salvo y que obtendréis una recompensa.

Barry escupió sobre las tablas desiguales del suelo.

—¡Una recompensa del Norte! ¡Puaf…!

—¿Nos tomas por unos traidores? —le increpó Temple a punto de saltar sobre él—. Si ocultáramos a ese hombre, ¿crees que le

delataríamos? ¡Los Brandon nunca hemos cometido una infamia semejante! ¡Y nunca la cometeremos!

—Está bien, no me digáis dónde está ese asesino —concedió Clive—, pero al menos salvad vuestra piel. No os será nada difícil pasar a Tejas y a Méjico; si queréis os unís a los guerrilleros de Quantrell. Pero no quiero, que os cacen como a liebres en cuanto se sepa la verdad.

Jess susurró:

—No ocultamos a nadie.

—Pronto me convenceré —dijo Clive.

El galope de los caballos, que desde unos minutos atrás estaban oyendo, se había detenido ahora junto a la casa, bajo las ventanas sin cristales.

Temple sacó su revólver.

—Alguien llega. Y si es un nordista le voy a…

Nora, desde la puerta, gimió:

—¡Temple, no hagas eso! ¡No te muevas de ahí!

—Iré yo mismo —dijo Clive.

Salió al exterior. Fuera, entre las sombras, aguardaban dos caballos sudorosos junto a dos hombres que, acababan de desmontar. Clive reconoció a Steve y a Rangley; dos tenientes que habían dejado por unos días el uniforme para ayudarle en aquella misión.

—Hemos hallado el cadáver de Thomas —dijo Rangely en voz baja.

—De Thomas se sospechaba que realizaba misiones de enlace —aclaró Steve.

—Ya sé.

—Estaba muerto junto al lago. No llevaba encima nada de valor. Seguro que casualmente lo han matado para robarle, pero los ladrones no han podido encontrar, este billete y este papel. Ambas cosas las llevaba bien ocultas en el forro: ha sido una casualidad que nosotros lo encontráramos, al oír crujir el papel.

Tendieron ambas cosas a Clive.

Éste leyó el papel y en su rostro, bajo los labios, se marcaron dos profundas arrugas.

No le importaba que sus hermanos sospecharan el objeto de aquella visita. Les había advertido ya de todas sus intenciones; y

cuanto más asustados estuvieran, mejor, si es que, algo podía asustar a aquellos pedazos de roca…

Clive devolvió el documento a Steve.

—Esto parece indicar que había de encontrarse con el futuro asesino en algún sitio seguramente no lejos de esta casa. Como él mensaje no llegará a su destino, puede que Boot se encuentre desorientado. Habrá que redoblar la vigilancia e interrogar a cuantos hombres se encuentren viajando solos por estos alrededores.

—Haré pedir refuerzos —dijo Rangely.

—No hay inconveniente.

—¿Qué hacemos con el billete y la carta?

—Son piezas de convicción. Remítanlas a Washington inmediatamente y con el debido secreto.

—Así lo haremos. ¿Nada más?

—¿Han enterrado a Thomas?

—Todavía no. Hemos pensado que lo más urgente era venir aquí.

—Entiérrenlo.

Los dos hombres dieron media vuelta, montaron en sus caballos y se alejaron a galope.

Clive dio, media vuelta también para contemplar la casa, su vieja casa del sur.

¡Qué bien la conocía! ¡Qué bien conocía todos sus recovecos y rincones más secretos!

Fue hacia el jardín, hacia la parte trasera.

Porque era por allí por donde se entraba en la única habitación secreta que había en la vieja casa.

CAPÍTULO V

LOS MUERTOS DEJAN SU HUELLA

El cadáver salió despedido a través de los batientes, y los que lo habían lanzado se alejaron con una risotada.

Rangely y Steve, que ya estaban en los peldaños del porche que conducía al saloon, tuvieron que apartarse para que el cadáver no cayese sobre ellos.

En el interior del local, los dos hombres que habían lanzado el cadáver, dejaron de reír.

—Ya vienen —murmuró uno de ellos.

El joven que estaba sentado a una mesa —bien vestido y con revólveres de lujo—, alzó su vaso.

—¿Les ha alcanzado el muerto al caer? —preguntó.

—No, Charlie.

—Sois un hatajo de imbéciles.

—Pero les ha rozado. Vienen ofendidos hacia aquí. Sólo hará falta una chispa para que estallen los dos.

Charlie bebió un largo sorbo de su vaso. Las alas, del sombrero le cubrían casi toda su horrible cara.

—Bien. Recordad que a partir de este momento yo quedo desligado de la cuestión.

—Pero ¿para qué quiere que esos dos hombres mueran, Charlie?

—Son enemigos míos y tuvimos una cuestión hace tiempo. Además, os pago para que trabajéis sin preguntar nada. ¿O no es así?

—No se preocupe más por eso. Como si estuvieran muertos.

Rangely y Steve entraban en este momento en el saloon,

empujando las puertas batientes.

Uno de ellos aún nevaba la camisa manchada con la sangre de que había estado empapado el muerto.

Los tres hombres que se hallaban junto a la barra esbozaron una débil sonrisa.

En el resto del saloon todo era silencio.

—¿Han tenido discusión? —preguntó Steve, mirando a los tres hombres—. ¿Es que en esta ciudad se arroja a los hombres a la calle como si fuesen basura?

—Aquél era basura.

—¿No se van a preocupar ni siquiera de enterrarlo?

—¿Qué le importa a usted, amigo?

—Los motivos por los que le han quitado la vida no son cosa mía. Pero ahora ese hombre es sólo un cadáver y el enterrarlo es una simple cuestión de humanidad. Deberían comprenderlo.

Rangely rozó un brazo de su compañero.

—Déjalo, Steve.

—No admito que en mi presencia los hombres se conviertan en bestias sin que nadie se moleste en advertírselo tan siquiera. Estos tipos necesitan una lección.

Los tres que estaban junto a la barra, se distanciaron un poco como si no quisieran ofrecer tanto blanco.

—¡Repito que lo dejes, Steve! —suplicó Rangely.

Pero Steve no le hizo caso. Por el contrario, avanzó un paso hacia los tres hombres.

—Les pido que entierren ese cadáver —dijo—. Es lo menos que pueden hacer.

—Usted ha vivido poco en el Oeste, amigo.

—¿Por qué?

—Porque si todos los hombres que uno mata tuviese luego que enterrarlos, más valdría que aceptase el oficio de sepulturero.

—Hagan lo que les, plazca con los demás cadáveres. Pero éste en entiérrenlo.

—Entiérrelo usted.

—¿Quieren que se lo exija revólver en mano? —rugió Steve.

—Si se atreve…

Steve ya no podía volver atrás. Si ahora no respondía a la provocación, todos le juzgarían un cobarde. Y a pesar de saber que

se enfrentaba con tres pistoleros profesionales, llevó la mano derecha al «Colt».

Rangely le apoyó.

Pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a «sacar» con rapidez, puesto que eran, militares de profesión y los militares raras veces se desafiaban, aparte el hecho de que se hallaban acostumbrados a emplear un tipo de revólver distinto. Demasiado tarde se dieron cuenta de que iban a ser para sus enemigos una presa fácil.

Llegaron a tener los revólveres en las manos, pero antes de que los pusieran en línea de tiro los tres pistoleros habían disparado ya.

Steve y Rangely cayeron uno tras otro, doblándose trágicamente, acribillados a balazos.

Charlie alzó su vaso otra vez.

—Por su eterno descanso —brindó.

Los tres pistoleros guardaron a la vez sus revólveres que todavía humeaban, y luego terminaron los vasos que ya tenían preparados en La barra.

—¿Los sacamos? —preguntó uno de ellos.

—Sacadlos.

Los cadáveres de Steve y Rangely fueron lanzados a la calle a través de las puertas batientes, yendo a reunirse con el cuerpo del hombre por cuya causa acababan de morir.

Charlie hizo una seña a los cuatro pistoleros que estaban bebiendo tras él, sentados a otra mesa.

—Pagadles.

Fuera de ellos no había en el saloon más que tres o cuatro borrachos. Prácticamente todo aquello se realizaba sin testigos. Uno de los pistoleros sacó tres bolsitas de polvo de oro.

—Supongo que esto os parecerá mejor que el dinero confederado —dijo a los que estaban en la barra.

—Por supuesto.

Charlie preguntó:

—¿Por qué no trabajáis para mí de una manera fija? Sois buenos tiradores y tenéis planta. ¿Quién os ocupa ahora?

—Nadie.

—Sois licenciados del ejército del sur, supongo.

—Exacto. Y lo único que nos interesa es seguir viviendo de las

armas.

—En tal caso trabajad para mí. ¿Cómo os llamáis?

—Yo Red —dijo uno de ellos.

—Yo, Milton.

—Y yo Alex.

—Está bien; trabajaréis para mí. Podéis considerar este dinero como un simple anticipo.

—¿Qué deberemos hacer?

—Sólo protegerme.

—Aceptamos puesto que usted paga al contado —dijo Alex—. Pero, de todos modos, y aunque no era definitiva, teníamos ya otra oferta.

—¿Quién quería contrataros?

—Un tipo llamado Rawlins.

—Rawlins es uno de los hacendados más antiguos de esta comarca. ¿Qué quiere?

—Hundir a los hermanos Brandon ahora que es más poderoso que ellos. Son enemigos desde antes de estallar la guerra civil. Y quiere aprovechar ahora la ocasión para barrerlos por completo.

—Actualmente no hay en esta tierra ni un asomo de Ley —dijo Alex—. Si Rawlins contrata hombres para que eliminen a los Brandon, nadie le pedirá cuentas aunque los ahorque delante de la puerta del juzgado. Rawlins tiene dinero y algunas influencias; no desaprovechará esta ocasión.

Charlie lanzó una carcajada.

—De todos modos, mi trabajo es más seguro.

—Por eso lo aceptamos —dijo Red.

Se sentaron los tres a la mesa de Charlie y encargaron *whisky*. Charlie miró satisfecho a su alrededor.

Disponía en estos momentos de siete hombres bien entrenados y podía considerarse bien protegido. Sus planes no fallarían.

Diez minutos más tarde, marchó del local. En la calle, un numeroso grupo de personas se había detenido ante los tres cadáveres, contemplándolos y haciendo comentarios. Nadie se había decidido a enterrarlos aún. «A lo mejor lanzan un cuarto cadáver y entonces hacemos todo el trabajo de una vez», dijo el dueño de la funeraria situada frente al saloon.

Entre ese numeroso grupo de personas que contemplaban a los

muertos, estaba también una mujer.

Esa mujer era Sheila, a la que poco antes habían intentado colgar el juez y algunos vecinos.

Se sentía ahora segura en la ciudad porque allí se hallaba Clive Brandon. Y si Clive Brandon la había salvado ya una vez, nadie se atrevería a tocarle un pelo de la ropa. Al menos mientras él viviese.

Sheila había visto antes de ahora a Steve y a Rangely. Ambos llevaban un día entero en la ciudad cuando llegó Clive, y aunque no lo decían a nadie se notaba en sus gestos que eran militares profesionales. Militares del norte, por supuesto, ya que de lo contrario no habrían caminado con aquella arrogancia. Ellos y Clive Brandon eran por el momento los únicos militares del norte que había en la ciudad. Por fuerza tenían que estar relacionados. Habían de estar allí para algo que realizaban conjuntamente.

De modo que fue a su casa —Sheila vivía sola a dos pasos de allí —, sacó el caballo y emprendió el galope en dirección a la vieja casa de los Brandon.

Con un caballo normal lanzado a galope, entre la ciudad y la casa de los Brandon había unos veinte minutos.

Ella llegó en diez.

Clive llegó en silencio a una recia puerta de madera que había en la parte posterior de la casa. La cerradura era antigua y la había violentado años antes varias veces, cuando vivía allí. No le costó gran trabajo descerrajarla ahora nuevamente.

Se encontró en una gran sala donde años antes se encerraba a los esclavos recién, llegados a las plantaciones, hasta que eran distribuidos en grupos para ir a trabajar y a vivir en los campos. La sala era enorme y estaba completamente a obscuras. Clive buscó a tientas un farol de petróleo, encontrándolo al fin después de bastante trabajo, a la derecha de la puerta.

Al encenderlo, tuvo la sensación de que algo, una sombra humana, se movía detrás suyo.

Pero no se sobresaltó. Había percibido el peculiar perfume de su piel.

Era Nora.

Se volvió poco a poco cuando el resplandor de la llamita alumbraba las facciones de la joven.

—Gracias por haber venido —susurró él.

—¿Sabías que vendría?

—Sabía que buscarías la ocasión para hablarme a solas.

Clive la miró. Nora no había cambiado mucho en cuatro años, aunque la expresión de sus ojos era ahora más serena y triste. También se había hecho más mujer, demasiado, mujer. Clive pensó con amargura en aquel hermoso cuerpo y en las pasiones que debía haber desatado durante cuatro interminables años.

Pero ahora ella estaba allí, y ahora volvía a mirarle con aquellos ojos dulces que tenía desde siempre grabados en su memoria.

—¿Por qué has vuelto, Cly? —susurró ella—. ¿Hay algo de cierto en esa acusación horrible? ¿Sólo por eso has vuelto?

—Supón que sí.

Ella desvió la mirada, y por un momento hubo en sus labios un imperceptible rictus de amargura.

—Yo creí que habías venido también porque aquí fuiste feliz en otro tiempo, Cly.

Él la miró, La miró demasiado intensamente, con una fijeza que turbaba a la mujer y le impedía levantar los ojos. Un instante después, de repente, sin pensarlo, Clive sujetó a la mujer por los hombros y la atrajo bruscamente hacia sí.

No llegó a besarla porque le detuvo la mueca de amargura que había en los labios de Nora. Aquella mueca que antes nunca tuvieron y que convertía los labios de Nora en los de una mujer que no deseaba vivir.

—¿Qué te ocurre? —musitó él—. ¿Ha cambiado algo en ti? ¿Es que ya no eres la misma, Nora?

—Yo —musitó ella—, no he cambiado desde que los Brandon me salvasteis de aquella diligencia incendiada por los forajidos y me disteis protección en vuestra casa.

—¿Qué ha cambiado entonces?

—Habéis cambiado los hombres.

Clive lanzó una seca carcajada mientras aflojaba la presión de sus dedos y permitía que ella se alejase un poco de él. Luego dijo:

—Todos cambiamos. Cuatro años de guerra, además, han sido una buena prueba. Pero la guerra ha terminado, Nora.

—Para tus hermanos no.

—Yo procuraré que también termine para ellos. Si he venido aquí ha sido precisamente por querer evitar que se vean envueltos

en la aventura peor de toda su existencia.

—Yo lo he dicho también en otro sentido, Cly. La guerra nos ha cambiado. Nora ya no es la muchacha libre que siempre conociste.

Las manos de Clive fueron instintivamente otra vez en busca de los hombros de la muchacha, pero se detuvo a medio camino convencido de que ella no quería que la tocase.

—¿Qué te ocurre, Nora…? —susurró.

—Soy la prometida de tu hermano Richard.

La noticia produjo en el rostro de Clive el mismo efecto que una seca bofetada. Echó un poco la cabeza hacia atrás, entrecerró los ojos y entonces miró a Nora como si ella fuese una persona extraña.

—¿Por qué…? —susurró.

—Sabes que siempre me quiso. Y cuando volvió herido y me pidió que no le dejase nunca solo… no pude negarme. Todos sabíamos que estabas muerto. Mi existencia carecía de sentido. Todo me daba igual.

—Richard es mi hermano, pero es quizá también el hombre que más me odia en el mundo —susurró Clive—. Y tú eres su prometida…

—Habíamos resuelto casamos dentro de dos meses.

—Dos meses. —De repente, él apretó los labios—. ¿Es eso lo que tenías que decirme a solas? ¿Lo que me ha parecido entender en tus ojos desde el primer instante en que nos hemos visto?

—Sí.

Clive se volvió de repente para que ella no viera su expresión, levantó los puños y los apretó muy cerca de sus ojos.

—Nora… —susurró.

Notó que ella se acercaba nuevamente.

—¿Qué quieres mandarme, Cly?

—No hables de ese modo. Yo no quiero mandarte nada. No quiero que vuelvas a ser la muchacha, sumida y dócil que fuiste en otro tiempo; la criada de los Brandon. En realidad, casi, tienes motivos para despreciarme, para mirarme desde lo alto de un pedestal. Richard es el heredero, y si vuelve a ser lo que fue y tú te casas con él, te convertirás en una gran dama del Sur.

—Pero destrozaré tu vida, Cly.

Él se encogió de hombros imperceptiblemente.

—¿Qué importa eso? Han pasado cuatro años. Un hombre cree

que el tiempo no pasa por él y que todo va a permanecer igual a su alrededor. Cree que una mujer, puede permanecer inmutable y a su disposición todo el tiempo que él desee. Pero de pronto se da cuenta de que el tiempo ha pasado; las mujeres también tenéis sentimientos, también queréis vivir. Yo no tenía derecho a esperar que continuases aguardándome todo este tiempo.

—¡Pero no ha sido porque haya dejado de quererte, Cly! Es que… Richard me daba lástima.

Él se volvió hacia Nora mientras hacía esfuerzos para que una sonrisa flotara en sus labios.

—Sólo sobre la compasión no se puede edificar una vida, Nora. Pero si verdaderamente sientes algo por Richard, debes evitar que continúe adelante con esta loca aventura que puede costarle la vida. Mejor dicho, que le costará la vida forzosamente.

—Entonces, ¿es cierta la acusación que has hecho? —musitó Nora.

—Lo es.

—¿Qué es lo que pretenden exactamente, Cly?

Él curvó los labios en una mueca que quería restar importancia a sus propias palabras.

—Da casi risa decirlo, porque parece una empresa descabellada, pero en cuanto uno analiza se da cuenta de que es algo perfectamente posible. De que es incluso algo que por fuerza tiene que suceder. Hay un fanático grupo de partidarios del Sur que quieren asesinar a Abraham Lincoln, el Presidente de los Estados Unidos.

—¿Y esos fanáticos… son tus hermanos?

—No. Ellos sólo están ocultando al hombre encargado de cometer el crimen.

—¿Ocultarlo? ¿Aquí, en esta casa?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la habitación secreta.

Nora miró instintivamente hacia su izquierda, donde había una gran chimenea de piedra que no se encendía desde hacía más de un siglo.

—¿Cómo habéis sabido esto, Cly?

—Hace poco un condenado a muerte salvó su vida diciendo que

estaba al corriente de un plan para asesinar a Abraham Lincoln. Se le perdonó la vida y se le interrogó, pero resultó que no sabía gran cosa. Sólo que un hombre llamado Boot se había comprometido a asesinar al Presidente. Según dijo, Boot era un fanático al que podía considerarse honrado, pues sólo pretendía vengar la derrota del Sur. Pero los que le preparaban el camino eran unos auténticos asesinos profesionales.

Ella le puso un dedo en los labios.

—Tú sabes que tus hermanos no lo son.

—No me refiero a ellos ahora. Tiene que haber otros hombres.

—¿Cómo supisteis que aquel hombre decía la verdad?

—Porque muy poco más tarde moría asesinado.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Cerca de Washington.

Nora esbozó una sonrisa con la que quería tranquilizar al hombre.

—Eso está muy lejos de aquí, Cly. ¿Cómo es posible que las pistas os hayan traído hasta un lugar tan remoto?

—Supimos que un hombre llamado Boot, famoso por su puntería y por su fanático amor a la causa del Sur, vivía en Luisiana. El telégrafo nos informó de que casualmente acababa de desaparecer de su casa. Y otras informaciones aseguraron que había sido visto por última vez en las inmediaciones de la mansión de los Brandon.

—¿Y crees que ése es el hombre que trata de cometer el crimen más importante de nuestra historia, Cly? ¿No estarás soñando?

—Cualquier hombre que sepa manejar a la perfección un revólver, puede asesinar a Abraham Lincoln. Y ya son demasiadas las pruebas que coinciden en éste.

—Pero aquí no ha llegado últimamente ningún desconocido, Cly. Te lo puedo asegurar porque yo nunca me muevo de esta casa.

—Puede haber llegado de noche.

—Me parece difícil, pero admitámoslo. ¿Con qué intención iban a ocultarle tus hermanos aquí?

—Ese tal Boot, sabiendo que ha sido denunciado, tendrá el máximo interés en estar muy lejos de Washington durante algún tiempo, mientras prepara los detalles de su golpe. Luego, cuando crea que nos hemos confiado, saldrá. O lo atraparemos antes o el destino de este inmenso país puede cambiar en unas horas

solamente.

—De todos modos, esto me sigue pareciendo demasiado trascendental, demasiado importante. En Luisiana y en esta vieja casa no pueden ocurrir cosas así.

—¿Es que no ha ocurrido nada? —preguntó él señalando con la mirada la habitación—. ¿No ha habido cuatro años de guerra y se ha transformado todo el Sur? ¿Crees que ahora un hombre decidido no puede asesinar a otro que es confiado por naturaleza y que parece estar esperando a que le maten?

Nora se estremeció.

—¿Y tú crees que ese Boot, el hombre que ha desaparecido, se oculta en la habitación secreta?

—Me parece que no puede ocultarse más que ahí.

—¿Qué ocurrirá con tus hermanos si tú tienes razón? —preguntó Nora estremeciéndose otra vez.

—Les obligaré a huir a Méjico, aunque sea a tiros de revólver. No quiero verles ahorcados.

—Bien; en tal caso vamos a ver la habitación secreta. ¡Habíamos entrado en ella tantas veces! ¿No lo recuerdas, Cly?

—A veces —susurró él—, es mejor no recordar.

Sabían cómo se penetraba en la habitación. Bastaba hundir un poco con ambas manos una de las piedras de la pared derecha del hogar para que quedase visible un hueco que permitía empujar un panel entero hasta el fondo, dejando ver un estrecho y corto pasillo que conducía a una habitación subterránea antaño empleada como mazmorra secreta, y cuya existencia sólo conocían los dueños de la casa.

Clive empujó la piedra clave. Ésta cedió y quedó un hueco suficiente para introducir los dedos.

—Parece como si esto hubiera sido tocado hace muy poco… —empezó a decir Clive.

Y en ese momento una bala disparada a su espalda hizo astillas el farol de petróleo, quedando todo sumido en las más espesas tinieblas.

CAPÍTULO VI

LOS FANTASMA DE LA NOCHE

Había sido un disparo de «colt».

Clive lo notó antes de que la bala hiciera astillas la lámpara. Dio un brusco empujón a Nora y la arrojó contra el suelo de la chimenea, cubriéndola él con su cuerpo, mientras la habitación quedaba sumida en tinieblas. Inmediatamente oyeron los pasos de alguien que corría muy cerca de ellos, tan cerca que casi los rozó.

Tendiendo la mano, Clive Brandon notó que el panel de pared que tapaba la habitación secreta ya no estaba en su lugar. Sin duda alguien lo había hecho correr.

¿Desde dentro? ¿Desde fuera?

Esto era imposible saberlo.

Los ecos de la detonación aún ensordecían el cerrado local, y por otra parte Nora había lanzado dos largos gemidos de sorpresa que hicieron imposible distinguir bien los otros sonidos.

El que produjo aquel ruido de pasos, ¿salía de la habitación secreta? Imposible saberlo también. Todo había sucedido con demasiada rapidez. Clive no había tenido aún tiempo ni de pensar siquiera.

Luego se hizo el silencio más espantoso en la gran habitación vacía.

Clive susurró:

—No te muevas aún, Nora…

—¡Dios mío! ¿Crees que alguien ha podido salir de ahí?

—No sé. Es posible.

—El disparo ha sido hecho desde la puerta…

—Ya lo sé. Alguien que nos vigilaba ha disparado contra la lámpara, pero ha podido hacerlo para que alguien escapase de la habitación secreta sin que nosotros lo viésemos.

Hablaban en un susurro, de tal modo que no se les debía oír a dos pasos de distancia. Luego Clive se despegó de la mujer. Gateó en silencio hasta la vieja puerta exterior y la abrió sin hacer el menor ruido.

El autor del disparo debía haberse descolgado rápidamente por alguna de las ventanas, aunque éstas eran pequeñas y estaban enrejadas en parte. Sin duda se trataba de un hombre muy ágil.

Clive no pudo ver más que la obscuridad de la noche, que amenazaba tormenta. Dejando la puerta entreabierta, llamó a Nora.

—¡Ven! ¡No podemos estar encerrados aquí!

La muchacha se acercó silenciosamente. Su vestido blanco destacaba demasiado en la obscuridad. En el momento en que atravesaban el umbral de la puerta, un relámpago lo iluminó todo con su lívida luz.

Clive, como guiado por un misterioso instinto, giró la cabeza hacia el lado Sur de la vieja casa.

Alguien les estaba mirando desde allí, desde la destartalada ventana de una de las habitaciones. Clive tuvo que contener una exclamación al reconocerlo. ¡Era Richard!

Nora también lo había visto. Lanzó una especie de gemido.

—¡Dios mío! ¿Qué llegará a pensar?

—No te preocupes. Yo le explicaré.

Puesto que ya no era necesario ocultarse, se incorporaron completamente los dos.

Ya en el momento de hacerlo, Clive adivinó que estaban cometiendo un error. Fue su instinto lo que le salvó otra vez.

Había varias sombras allí en un lindero, acechando. A la luz del relámpago se movieron durante unos segundos como fantasmas de la noche. El joven desenfundó sus armas con una rapidez vertiginosa mientras gritaba a Nora:

—¡Cúbrete!

Nora, acostumbrada a vivir continuas situaciones de peligro, corrió sin vacilar hacia el viejo porche que había en la parte posterior de la casa, un porche que aún olía a suciedad, a abandono y a sudor de piel negra. Una rociada de balas fue en su busca,

atraídas por su vestido blanco.

La primera bala arrancó cabellos a la cabeza de la muchacha, que sintió como un vértigo y se dejó caer al suelo pesadamente. Esto le salvó la vida, porque las otras balas pasaron sólo rozándola.

Entretanto Clive ya había abierto el fuego contra la serie de sombras medio ocultas en el lindero.

No pudo ver si alcanzaba a alguna. Sus disparos fueron hechos solamente en forma de cortina de plomo para obligar a sus enemigos a pegarse a tierra. Cuando lo hubo conseguido avanzó hacia ellos de dos fantásticos saltos, buscando el cuerpo a cuerpo a pesar de ser uno contra todos.

Pero Clive no era un loco; tenía su táctica.

Cuando sus enemigos se levantaron otra vez, para abrir el fuego nuevamente, Clive ya estaba prácticamente encima de ellos y con los dos revólveres a punto.

Fue todo muy sencillo.

Demasiado sencillo.

Como en esos ejercicios de tiro al blanco en que a cada disparo va cayendo una figura.

Clive apretó los gatillos cuatro veces, y cuatro hombres cayeron mortalmente atravesados.

—Los asesinos de mujeres aún merecen una muerte peor que la vuestra —masculló.

Pero no había terminado todo.

Un rumor de caballos que se acercaban a galope llegó distintamente a sus oídos. Varios rifles crepitaron rabiosamente desde las ventanas de la casa, mientras un nuevo relámpago iluminaba el paisaje.

Alguien estaba asaltando la casa, y los Brandon se defendían con todas sus fuerzas.

A la luz del relámpago pudo ver Clive que los cuatro hombres contra los que acababa de disparar estaban muertos. No había ninguno más por los alrededores.

Fue entonces hacia el lugar donde se ocultaba Nora.

—¿Alguna herida? —musitó.

—No. Sólo una bala me ha rozado la cabeza. He tenido como una sensación de vértigo…

Clive le palpó los cabellos.

—No hay nada. Sólo debes tener como una quemadura en la piel. Ocúltale ahora en el lugar más seguro que haya en la casa.

—Pero ¿qué puede significar esto, Clive?

—Ya lo ves. Un asalto a la casa, exactamente como si la guerra no hubiese terminado. Querían pillamos entre dos fuegos y por eso aquellos cuatro tipos se situaron en la parte posterior. Los que estaban esperando a caballo frente a la parte delantera de la casa han confundido mis disparos con la señal para el ataque. Y ahora se han lanzado a la carga. Supongo que no quieren dejar a nadie con vida.

Disparos de rifle y disparos de «Colt» crepitaron ahora rabiosamente en la noche, como una sinfonía macabra.

—Pero ¿quién puede tener interés en ese asesinato en masa? —musitó Nora, como si aún no acabase de creerlo.

—Cuando yo me marché de aquí —dijo Clive—, los Rawlins eran nuestros peores enemigos. ¿Siguen siéndolo?

—Sí.

—Pues sospecho que ya tienes la respuesta que andabas buscando. Vamos, sígueme.

La llevó hasta el ángulo más oculto del porche y la Mizo introducirse bajo las tablas.

—No te muevas de aquí, ocurra lo que ocurra.

—Deja qué os ayude.

—La mejor forma de ayudar es no causamos preocupaciones. Si los atacantes vencen, querrán asesinarte a ti también. Tienes que permanecer aquí y no moverte, oigas lo que oigas.

Sin permitir que ella protestara de nuevo, corrió para entrar en la casa. Lo que más le preocupaba en este momento era la suerte que hubiera podido correr Richard, quien estaba herido en su lecho y apenas podría defenderse si entraban en la habitación.

Saltó por la ventana desde donde antes les había contemplado su hermano. La habitación se hallaba a oscuras. Sonó una detonación de rifle, y Clive tuvo que dejarse caer al suelo desde el alféizar mientras de su cuello, rozado por la bala, saltaba un hilillo de sangre. Una segunda bala se clavó a dos pulgadas de él Tuvo que gritar:

—¡Cuidado, Richard! ¡Soy yo, Clive!

Un relámpago iluminó la habitación y pudo entonces ver a

Richard, más alto y más delgado que nunca, apretándose las heridas con una mano y con la otra haciendo oscilar suavemente un rifle, en movimientos de abanico.

Aquellas heridas que no se cerraban volvían a sangrar otra vez. Había un rastro rojo desde la cama hasta la pared en que se apoyaba el joven.

Rechinaron los dientes del herido.

—Eres Clive —jadeó—. ¿Y crees que por eso no voy a matarte? ¿Crees que no voy a eliminar al perro más sarnoso que ha entrado jamás en esta casa?

—Dispara si quieres, Richard, pero cometerás una insensatez. Ahora somos todos necesarios.

—Los traidores nunca lo han sido. Defiéndete, si sabes, o te clavaré ahora mismo una bala entre las cejas.

—Richard, estás herido…

—Y tú eres un cobarde. Vaya una cosa por otra.

Clive comprendió que iba a disparar. Tuvo que pegarse al suelo de costado y hacer fuego una vez poniendo en aquel disparo toda su habilidad, porque se jugaba la vida. La bala hizo astillas la caja del rifle que empuñaba Richard, sin herir a éste.

Richard lanzó una salvaje maldición.

—Todos los perros tenéis suerte… con las mujeres y con las balas.

Fue a alzar lo que quedaba de su rifle para aplastar la cabeza de Clive, pero en ese momento le sobrevino un nuevo acceso de tos, y cayó de bruces sobre el lecho, gimiendo, mientras tenía que soltar el rifle.

Clive se puso en pie.

Su hermano no podría moverse en media hora, una hora tal vez. Sin duda, los atacantes manejaban antorchas y habían logrado provocar un incendio. Era evidente que ansiaban no dejar en pie ni los cimientos de la vieja casa de los Brandon.

Jess y Temple se defendían a tiros de Winchester desde las ventanas, cambiando rápidamente de una a otra para dar la sensación de que los defensores eran más. Pero no habían logrado impedir el incendio ni evitarían que los atacantes entraran en la casa.

Tres caballos sin jinete trotaban indecisos por delante de ella.

Eso indicaba que, por lo menos, tres hombres habían caído ya.

Temple vacilaba. Estaba herido en un brazo y apenas podía manejar el pesado rifle.

Clive contó que aún había ocho atacantes. Un golpe bien preparado. Sí él no hubiese acabado con los que estaban en la parte posterior, todos, incluida Nora, estarían ahorcados en este momento.

Uno de los jinetes logró saltar desde la silla al alféizar de una de las ventanas, entrando por allí y empezando a repartir plomo con sus revólveres. Temple recibió otro balazo y se dobló de rodillas, mientras hacía un terrible esfuerzo para levantar el rifle. Su enemigo se aproximó con el revólver preparado. Clive hizo un solo disparo y le perforó la cabeza.

Miró a través de una de las ventanas. Ahora va eran cinco los caballos sin jinete que corrían alocadamente delante de la casa.

Fue a apostarse en aquella ventana, miró otra vez y vio que ya eran siete los caballos sin jinete.

Increíble. Temple no había disparado, y Jess no podía ser tan veloz con un rifle.

La explicación la tuvo enseguida.

Dos jinetes más acababan de saltar hacia las ventanas desde las sillas de sus caballos. Ahora avanzaban por el largo corredor incendiado. Fue Temple el que los vio.

—¡Cuidado! —dijo.

Los dos intrusos dispararon a la vez contra él. Temple hizo fuego también, pero falló. Con todas sus fuerzas se incorporó mientras le acribillaban materialmente a balazos.

—Tengo que morir de pie —dijo.

Éstas fueron sus últimas palabras.

Los dos enemigos tiraban rabiosamente contra él, con una especie de loco frenesí. Temple se irguió todavía más, como si los desafiara, y cayó al fin de bruces atravesado por más de doce sitios.

Al caer permitió ver al hombre que estaba tras su espalda.

Clive.

Los dos hombres que lo habían exterminado levantaron sus revólveres otra vez.

Clive no les dio tiempo.

Con los ojos entrecerrados, brillando en ellos una fiebre

diabólica, disparó frenéticamente hasta que en sus revólveres no quedó una sola bala.

Cuando los dos hombres cayeron al suelo, estaban convertidos en dos auténticas cribas.

Jess había visto la escena con el rabillo del ojo, sin poder intervenir debido a la rapidez con que había sucedido todo, mientras disparaba contra los últimos atacantes.

Sólo uno de éstos había quedado con vida y desapareció a gran velocidad por el lado incendiado de la casa.

Clive preguntó:

—¿Lo has reconocido?

—Sí. Era Rawlins.

—De modo que han sido los hombres de su rancho los que nos han atacado. Lo suponía.

—Han sido los hombres de su rancho y un buen número de pistoleros contratados. Rawlins no disponía de tantos granujas. ¿Has liquidado tú a alguien en la parte posterior de la casa?

—¿Cómo sabes que yo estaba allí?

—Lo suponía. Bueno, lo más importante es ahora atajar el incendio. ¿Dónde está Nora?

—En el porche viejo. Puedes ir a buscarla.

Con la clásica dureza de los hombres acostumbrados a tratar con la muerte cada día, ninguno de ellos había vuelto a dirigir una mirada a su hermano Temple, ahora que estaba vengado.

Jess dijo:

—Iré a buscar a Nora. Ella me ayudará a abrir las compuertas de la presa y dejaremos todo esto medio inundado para atajar el incendio. Cuando los nordistas entraron aquí, ya hubo que hacerlo una vez.

—Dile a Boot que te ayude también —pidió Clive.

—¿Qué dices?

—Digo que, ya que Boot ha estado viviendo en la casa, debe ayudar a salvarla.

Jess se encogió de hombros y gruñó:

—Los disparos han debido volverte loco. No te entiendo.

Pero no discutió más y fue en busca de Nora.

El silencio, entretanto, se había hecho obsesionante después de los disparos. Era un silencio tan irreal y profundo, que a Clive casi

le sobresaltó. Tuvo como un presentimiento, recargó sus revólveres y corrió a toda velocidad hacia la habitación de su hermano Richard.

Al llegar frente a la puerta, a la que se había acercado procurando no hacer ruido, oyó su voz, la voz de Richard.

—¿Vamos? ¿A qué esperas? Aprieta el gatillo ya.

Clive dio un salvaje puntapié a la puerta.

A la luz de un relámpago vio la escena. Richard estaba de pie, apoyado en la pared, esforzándose en mirar la muerte cara a cara. Frente a él, Rawlins, el único que había quedado con vida después del asalto, le apuntaba con un revólver desde la ventana.

Y Richard no tenía ni un arma para defenderse porque él mismo le había destrozado el rifle, minutos antes.

Clive barrió la ventana con un verdadero huracán de plomo. La imagen de Rawlins pareció desdibujarse en el aire mientras el ranchero recibía las balas en toda la mitad superior de su cuerpo. Al fin cayó. Clive guardó tranquilamente sus revólveres.

Desde la pared, sin haber parpadeado tan siquiera, Richard le estaba mirando.

—Debiste haberle dejado disparar —dijo.

—Para dejar que te maten, esperaré a que estés vestido de etiqueta.

—No creas que te lo agradezco, Clive. Sigues siendo un perro.

—No lo he hecho para que me lo agradezcas —dijo. Y cerró bruscamente la puerta.

CAPÍTULO VII

UN HOMBRE LLAMADO BOOT

Clive abrió de un puntapié la puerta, mientras preparaba su revolver.

La casa era una vieja residencia aislada en medio de las plantaciones. Aún no había amanecido y la luz de la luna descansaba lívida y fantasmal sobre la llanura. Clive Brandon, sin saber bien por qué, pensó en todos los hombres que habían muerto aquella noche.

La mujer que se hallaba tras él, susurró:

—Hay que obrar con cuidado.

Él se pegó a un costado de la puerta, con el arma amartillada y saltó de repente al interior, apuntando en fracciones de segundo a los cuatro puntos cardinales de la pieza.

No había nadie.

Todo se encontraba en desorden y parecía como si el dueño de aquella casa hubiese marchado de allí precipitadamente. Algunos muebles estaban prácticamente amontonados en un rincón. A la luz de la luna era posible distinguir claramente todo esto.

—Debe haber dos habitaciones más —dijo Clive.

Las inspeccionó tomando las mismas precauciones qué con la primera. Estaban vacías y en desorden. Parecía como si la casa no hubiese estado habitada al menos en varios días.

Luego regresó a la primera habitación, que era, a la vez, comedor y sala de estar, con una gran chimenea.

Vio otra vez a la mujer.

Sheila llevaba el mismo vestido amarillo roto por varios sitios, y

la verdad era que sabía aprovechar los rotos perfectamente. Hasta daba la sensación de haber sido hechos a propósito por una mano sabia. Ella se había recostado en el único sillón confortable que había en la habitación, cerca de la chimenea, y le contemplaba haciendo oscilar suavemente la pierna que tenía montada sobre la otra.

Clive Brandon simuló no prestar atención a los agresivos encantos de la mujer que estaba en su presencia.

—¿De modo que era, aquí donde vivía Boot? —se limitó a preguntar.

—Sí.

—Por lo visto, tú lo conocías bien.

Ella rió, echando hacia atrás la cabeza y descubriendo su nívea garganta y las dos blancas filas de sus dientes por entre los labios rojos.

—Boot era uno de mis pretendientes.

—Por lo visto, tú has tenido muchos, Sheila.

—A docenas. Imagínate. Una mujer que vive sola y que se niega a casarse con nadie…

Clive se guardó muy bien de decir que ella había llevado hasta entonces una vida tortuosa y equívoca. Le pareció una descortesía. Dejándose caer sentado sobre las piedras del hogar, casi a los pies de la muchacha, encendió un delgado cigarro y preguntó:

—¿Cómo era Boot? ¿Joven, viejo, fuerte, débil…?

—Dices era igual que si hubiese muerto.

—No tomes mis palabras al pie de la letra. Háblame de él.

—Pues bien, Boot era un hombre joven y fuerte. Un tipo decidido, además. Partidario del Sur hasta llegar al fanatismo, hubiese hecho cualquier cosa por el triunfo de la Confederación. Al principio de la guerra vendió todos sus esclavos y con el dinero obtenido armó una especie de escuadrón de Caballería que debía dedicarse a luchar en forma de guerrilla tras las líneas del Norte. En los primeros encuentros fue deshecho, y Boot regresó aquí gravemente herido. La verdad es que entonces su entusiasmo se enfrió bastante. A veces parecía otro hombre.

—¿Dónde estaba cuando terminó la guerra?

—Aquí.

—¿Y qué hizo?

—Nada. ¿Qué iba a hacer? Quedarse en su casa.

—¿Era buen tirador?

—Un tirador excelente. Recuerdo que su deporte favorito era la caza. De eso deberías acordarte tú también si tuvieses más memoria o te hubieras fijado mejor en tus vecinos de aquella época. Boot se desafió dos veces y las dos veces mató a sus enemigos clavándoles una bala entre los dos ojos.

Clive estuvo unos momentos, pensativo, como si reflexionase sobre todo aquello. Luego, pidió:

—Háblame de lo que has visto esta noche.

—Simplemente, que frente al «Golden Saloon» ha habido pelea. Y dos de tus hombres han sido liquidados allí.

—¿Cómo sabes que tenían algo que ver conmigo?

Ella rió otra vez, y otra vez sus dientes blancos destacaron poderosamente entre sus labios rojos.

—No trates de disimular, Clive. Tú has vuelto por alguna razón, y esos dos hombres estaban encargados de ayudarte. Se adivina enseguida que acabáis de quitaros el uniforme. Los he visto muertos y me he dicho: «Esto le interesará a Clive». Y como te debía la vida, he hecho el sacrificio de ir a galope hasta tu casa.

—Y allí te has encontrado con una pelea de mil demonios —susurró él.

—Justo, Y la verdad es que nunca hubiera podido sospechar que Rawlins os profesase tanto odio. He visto la pelea desde un lugar seguro y luego he ido a buscarte. Tú salías en aquel momento de la habitación de tu hermano Richard. Lo primero que has hecho ha sido preguntarme por un hombre llamado Boot, desaparecido hacía poco tiempo.

—Y tú me has traído a su casa.

Ella se dejó caer de la butaca, para quedar perezosamente reclinada en el suelo, muy cerca de Clive.

—Te he traído a esta casa donde estamos perdiendo el tiempo.

Fue ella misma la que le ofreció sus labios. Clive la besó. La besó sin fuerzas y casi sin ganas, pero aun así se dio cuenta de que la mujer se estremecía. Supo que Sheila lo haría todo por él, todo lo que le pidiese.

Por la ventana situada frente a ellos, entraban los primeros rayos de sol. Empezaba a amanecer.

—Debemos irnos —susurró él—. Tengo que buscar a Boot.

—¿Dónde crees que se ha ocultado?

—En casa de mis hermanos.

—¿Y qué pruebas tienes de eso?

—Un mensaje que recogieron esos dos hombres a los que tú has visto muertos. Seguramente los mataron para que ese mensaje no llegara a su destino, sin sospechar que lo habían entregado, ya.

Ella le miró con una sonrisa burlona.

—¿Es que vamos a pasamos la vida hablando de eso, Cly?

—Sí, pequeña. Lo siento, pero para mí es un asunto importante.

—Está bien. Entonces, si tanto te interesa, te diré que Boot pudo ocultarse en casa de tus hermanos. Sin embargo, ha estado aquí esta misma noche, poco antes de que nosotros llegáramos.

Clive se la quedó mirando durante unos segundos como quien ve visiones.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por él olor.

—No me dirás que Boot desprendía un olor especial, un olor tan fuerte que llegaba a impregnar las paredes.

—Pues, aunque te parezca increíble, así es. Boot tenía la costumbre de perfumarse con un olor muy masculino, un olor que recordaba al tabaco fresco. Él mismo se lo preparaba, desde luego, y por eso puedo asegurarte que ninguna persona de las cercanías usaba un perfume así. Hace poco, al entrar en la casa, lo he notado enseguida. Por eso te he dicho que tuvieras cuidado. Creí que estaba dentro.

Clive se puso en pie y aspiró muy lentamente el aire. Tenía razón Sheila. Si uno mantenía los sentidos bien despiertos, llegaba a percibir un olor muy especial a tabaco fresco, un olor que parecía desprenderse lentamente de las paredes y de la casa entera.

Ella también se puso en pie.

—Tonto…

—Vámonos de aquí, Sheila.

—Bueno, como tú quieras.

Montaron lentamente en los caballos que les habían traído hasta allí y emprendieron el regreso hacia la casa de los Brandon. Cuando

llevaban unos cinco minutos de trote, Sheila se volvió hacia él y le dijo, de repente:

—No puedo ya vivir en la ciudad, Cly.

—¿Por qué?

—Adivino que va a ocurrir algo, algo muy importante, y que correrá la sangre. ¿Qué es lo que prepara Boot para que hayan enviado a apresarlo a un hombre como tú?

—Yo soy un hombre como los demás, Sheila.

—Por Dios, no me hagas volver a la ciudad.

—Está bien, quédate en casa de mis hermanos. Supongo que ni Jess ni Richard tendrán inconveniente. Temple ya no puede tenerlo.

Llegaron poco después a la vieja mansión de los Brandon. Nora, muy pálida, salió a recibirles. Clive, sin descabalgar, suplicó a la muchacha que dieran hospitalidad a Sheila durante un par de días.

—Y tú, ¿no te quedas? —preguntó Nora.

—No puedo. Tengo que hacer en la ciudad.

Espoleó su caballo y salió a galope de allí. Pero en lugar de dirigirse a la ciudad, se dirigió a un lugar muy distinto.

—¡Bah! Yo me marcho también —musitó aburridamente Sheila, al cabo de unos minutos.

Capítulo VIII

MUERTOS ANTE SUS OJOS

El sitio adonde Clive encaminó su caballo, era un pequeño campamento formado por tres tiendas y donde había una serie de cachivaches viejos y roñosos que indicaban que lo que allí se hacía era intentar buscar petróleo.

Unos cuantos hombres armados iban de un lado para otro, trabajando con poco entusiasmo. Y si uno se fijaba bien, advertía que entendían tanto de buscar petróleo como de bailar el can-can en un saloon.

Sencillamente, estaban perdiendo el tiempo.

Pero, eso sí, se trataban unos a otros con mucho respeto y tenían montados unos turnos de guardia tan perfectos como si allí se guardase todo el oro de la Unión.

Uno de los centinelas se echó el rifle a la cara al ver aparecer a Clive. Pero al reconocerlo, lo bajó.

—Hola, Brandon —dijo.

—Hola, muchacho.

Sin hablar con nadie más, Clive descabalgó y se dirigió a una de las tiendas, donde un hombre ya anciano, vestido con ropas azules, rodeado de mosquitos, se abanicaba perezosamente con un sombrero de paja.

Respingó al ver a Clive.

—¿Hay algo nuevo, Brandon?

—Sí, mi general.

—Siéntese.

Clive se sentó en la silla de mimbres que se le ofrecía, frente a la mesa al otro lado de la cual estaba el hombre.

—Hable —exigió el general.

—Lo único nuevo que hay es esto: nos hemos equivocado. Hay que dirigir las investigaciones en otro sentido.

—Pero ¿qué dice, loco?

—Que estamos perdiendo el tiempo, y, mientras tanto, corre grave peligro la cabeza del Presidente.

—No le creo. Dice eso para no comprometer a sus hermanos. No es usted el hombre duro y sin sentimientos que necesitábamos, Brandon. Está usted lleno por dentro de ternezas, de lágrimas y de imbecilidades. Quiere salvar a sus hermanitos y por eso dice que nos hemos equivocado cuando sabe perfectamente que no es así. Usted mismo vio las pruebas que se nos habían dado y las consideró convincentes.

—Las pistas que teníamos estaban por comprobar, y ahora que las he comprobado, creo que son falsas.

El general dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea! ¿Cree que hemos estado aquí varios días, en este absurdo campamento, fingiendo buscar petróleo, para que ahora nos venga usted con esa ridícula noticia? ¿Cree que me he dejado devorar por los mosquitos día y noche para tener que levantar el campo y buscar en otra parte? Yo no me he retirado nunca, Brandon. No me retiraré ahora tampoco.

—Usted forma parte del grupo encargado de la protección del Presidente Lincoln, ¿no es así?

—Exacto, aunque a él no le hace mucha gracia eso de que tengan qué protegerle.

—En tal caso, sus obligaciones, general, ya que sabemos que alguien quiere asesinar a Lincoln, consisten en buscar al presunto asesino allí donde se encuentre, pero no aquí, ¿entiende? Ese asesino, ese hombre llamado Boot, ya podría estar en Washington.

Él general se echó a reír.

—¡Qué tonterías! Boot es un hombre muy raro, escrito de esa manera. Es un nombre que se da con poca frecuencia. ¿Por qué no examinamos los hechos, Brandon? ¿Recuerda usted que hubo un espía sudista condenado a muerte, el cual salvó su vida dándonos la noticia de que, un hombre llamado Boot intentaba asesinar al

Presidente Lincoln?

—Sí.

—¿Recuerda usted que nos dijo que a ese hombre podríamos encontrarlo en Luisiana, precisamente en esta comarca?

—También.

—Usted mismo hizo comprobar qué hombres llamados Boot vivían por aquí. ¿Se acuerda?

—¿Cómo no me iba a acordar?

—Y comprobó que sólo había uno, precisamente un fanático del Sur y que también precisamente ha desaparecido. ¿Qué quiere más? ¿No es ésa la prueba de que está oculto en alguna parte y preparando su crimen?

—En apariencia, sí, pero Boot puede haber desaparecido por cualquier otra causa.

—Son demasiadas casualidades, Brandon. Por otra parte, los dos ayudantes que usted tema, Steve y Rangely, me hicieron llegar anoche una nota diciendo qué un tal Thomas había recibido mil dólares por llevar una carta al asesinó. Y la carta decía que ése asesino tenía que ocultarse precisamente en casa de los hermanos Brandon.

—Lo sé.

—Poco más tarde, Steve y Rangely eran asesinados en un saloon, sin duda para que no tuvieran tiempo de comunicar a nadie lo que habían averiguado. Pero como ellos eran unos muchachos listos, yo ya estaba enterado de todo. Esta mañana, Smith se ha dado un garbeo por la ciudad y ha averiguado lo de su muerte. Precisamente los estaban enterrando cuando él ha llegado. ¿No se hallaba usted enterado de eso, Brandon?

—Sí, claro que sí.

—Veo que la conversación no le entusiasma. ¿Se ha enterado usted también de que las muertes de Steve y Rangely están por vengar todavía?

Aquélla era una alusión demasiado clara. Clive se mordió rabiosamente el labio inferior.

—¿Pretende decir que no sé manejar el revólver, general?

—Pretendo decir que no tiene ganas de usarlo.

Aplastó con el sombrero de paja un par de mosquitos que se estaban haciendo el amor sobre su propia cara, y preguntó:

—¿Quiere saber cómo se llamaban los hombres que han matado a sus dos compañeros?

—Puedo averiguarlo fácilmente.

—Yo le ahorraré trabajo. Smith se ha enterado de todo esta mañana, puesto que en la ciudad no se habla de otra cosa.

Extrajo de uno de los bolsillos de su mugrienta camisa un papel doblado y leyó:

»Los asesinos se llamaban Red, Milton y Alex. El tipo que en realidad les pagó por hacer ese trabajo se llama Charlie, y hace muy poco que reside en la ciudad. Charlie los contrató luego para que trabajasen para él de una manera fija. No quería que nada de esto se supiera, pero Red, Milton y Alex estaban borrachos y se han ido de la lengua.

—¿Cree, Brandon, que las balas que usted gasta son lo bastante duras para atravesar la piel a esos tipos? ¿O quizá no?

Clive se mordió los labios otra vez.

—Sus alusiones son demasiado claras, general. Parece como si me considerara un cobarde.

—Por si todas estas señas aún le parecen insuficientes —siguió diciendo impertérrito el hombre que estaba tras la mesa, mientras agitaba su sombrero de paja—, le añadiré que ese tal Charlie usa bigote negro muy espeso y tiene quemada la mitad de la cara, desde el párpado derecho hasta la comisura de los labios del mismo lado, incluyendo casi toda la barbilla. Dicen que tira bien, aunque nadie le ha visto todavía en un duelo. Si ese hombre le asusta, quizá le convendrá ir pensando en cambiar de profesión, Brandon.

Clive se puso en pie.

—¿Debo entender que achaca todas mis observaciones a simple cobardía, general?

—Puede entender lo que quiera.

—¿Maneta alguna cosa más?

—Sí. Que descubra pronto a ese hombre llamado Boot o perderá usted la cabeza en el caso de que La pierda el Presidente Lincoln.

Clive saludó, a pesar de ir vestido como un vaquero cualquiera,

y salió de la tienda. En el exterior, el calor era sofocante, puesto que llegaba hasta allí la humedad de los lagos cercanos. Nubes de mosquitos se abatían incansables sobre los hombres, que desmayadamente fingían perforar la tierra en busca de petróleo.

—¿Hay algo nuevo, Clive? —preguntó uno, mientras hacía un gesto para esconder el enorme pistolón que asomaba por debajo de su camisa.

—Nada, muchacho.

—El viejo está de un humor de perros, ¿eh?

—Parece.

—Anoche salió a pasear, y por sus gruñidos por poco lo confundimos con un caimán. Si no llega a haber luna lo matamos.

Clive rió sin ganas.

—Hasta luego, muchacho. Nos veremos otra vez.

—Claro. Pero dices eso de una forma muy extraña…

Clive Brandon, sin contestar, se alejó en dirección al lugar donde estaba su caballo. Lo montó lentamente y emprendió al trote corto el regreso a la ciudad.

Cualquiera que hubiese visto su rostro, habría adivinado la tremenda tempestad que en este momento pasaba por sus pensamientos.

Atravesó la ciudad poco a poco antes de dirigirse nuevamente a la casa de sus hermanos. Vio que las calles estaban casi desiertas, a pesar de ser aquélla una de las horas de mayor animación en otras circunstancias. A primera vista no se lo explicó.

—El hecho de que haya habido una pelea a muerte entre dos ranchos, no justifica esto —se dijo—. Parece como si todo el mundo estuviera asustado. Y la verdad es que no hay para tanto.

Pero era evidente que en la ciudad ocurría algo, y él era cada vez más incapaz de entenderlo.

—El duelo que hubo anoche y en el que murieron Steve y Rangley, tampoco justifica esto —musitó, con voz casi audible—. Ésta siempre ha sido comarca de pistoleros por su proximidad a Tejas, y nadie se asusta por un muerto más o menos. ¿Qué puede haber ocurrido?

Vio que los pocos saloons de la calle principal estaban también vacíos, y que en los comercios no se distinguía a nadie.

¿Le habrían preparado una emboscada precisamente a él, y por

eso todo el mundo se ocultaba hasta que hubiesen cesado los disparos?

Palpó suavemente con las manos las culatas de sus revólveres.

Estaban bien engrasados y listos para disparar.

Siguió avanzando por el centro de la calle al paso de su caballo, mirando en todas direcciones para no dejarse sorprender. Sus ojos parecían dos bolas de acero.

Y de pronto, halló la explicación.

No, no era lo que él había temido.

Era otra cosa.

Lo descubrió todo al pasar ante la puerta del juzgado y ver colgados allí al juez, a su alguacil y a uno de los vecinos que habían servido como testigos el día que se pretendió ejecutar a Sheila, es decir, el mismo día en que él llegó a la comarca…

Los debían haber ahorcado a la vista de todo el mundo y allí estaban, como un ejemplo terrible de que en la ciudad no se conocía la Ley.

Clive extrajo un revólver, que disparó tres veces, y las tres cuerdas quedaron limpiamente segadas por el centro. Los cuerpos de los ahorcados cayeron pesadamente a tierra.

Alguien, atraído por el ruido de los disparos, se acercó entonces a Clive.

Éste se volvió un poco sobre la silla.

El que se acercaba era un muchacho de apenas quince años de edad.

—¿Quién…? —preguntó simplemente Clive.

El muchacho le entendió. Miraba los muertos.

—Ha sido la cuadrilla de un hombre llamado Charlie —dijo en voz muy baja.

CAPÍTULO IX

CUANDO LA NOCHE CAE SOBRE LUISIANA

Jess escupió de costado al ver acercarse a su hermano.

—Maldito seas —dijo como una bienvenida.

Clive, que llegaba cubierto de polvo, miró recelosamente el rifle que empuñaba Jess y descabalgó del caballo, dando a éste una suave palmada en el cuello para que se dirigiese a las cuadras.

Jess le seguía apuntando.

—¿Por qué me enseñas durante tanto rato ese rifle? —preguntó Clive, al fin—. ¿Es que quieres vendérmelo?

—No me gustan tus bromas, Clive. No me han gustado nunca.

—Ni a mí, me gusta ese rifle.

—Con él he matado a varios de los tipos de Rawlins. Y a muchos perros nordistas como tú.

—Me estáis llamando perro continuamente. Está visto que, si quiero seguir en esta casa, no me va a quedar más remedio que aprender a ladrar.

Jess bajó al fin su rifle, al ver acercarse a Nora, en uno de cuyos hombros se apoyaba pesadamente Richard. Ambos vestían de negro.

—Te esperábamos —dijo Jess, al fin—. Aunque yo hubiese preferido que nos esperaras tú. En el otro mundo, se entiende.

—¿Vais a enterrar a Temple?

—Sí. Y a todos los hombres de Rawlins, incluyéndole a él.

—Yo pago para Temple la mejor lápida que sean capaces de hacer aquí.

—No te preocupes. La hemos pagado ya.

Nora y Richard estaban llegando a su altura. Richard, muy

pálido, tenía una mirada vidriosa y penetrante que parecía la de un cadáver. Siguiendo la dirección de esa mirada, Clive volvió un poco la cabeza y pudo ver vanos cuerpos alineados a su derecha, junto a una profunda zanja. Todos se hallaban encerrados en ataúdes de madera barata, a excepción de Temple, quien ocupaba un ataúd de la mejor calidad.

La escena, a la luz incierta del crepúsculo —pues Clive había esperado muchas horas en la ciudad por si veía aparecer a Charlie —, era tenebrosa.

Clive susurró:

—Descansen en paz.

Nora lloraba en silencio. Vestida de negro parecía más hermosa y más niña. Richard, sin soltarla, la contemplaba como si ya fuese una cosa suya.

Clive tuvo que morderse los labios para no gritar.

Hubiese querido gritar cuánto había soñado en ella durante cuatro años interminables. Hubiese querido decir todo cuanto había en su corazón y que ni siquiera ella sospechaba. Pero calló.

Calló por respeto a todos aquellos muertos. Y por respeto a Richard, que en cierto modo ya hacía tiempo que se estaba preparando para morir.

Clavadas en la tierra, a un lado de la gran zanja, había dos palas.

Jess soltó su rifle.

—Ayúdame —dijo a Clive, tomando una de las palas y tendiéndosela—. Hay que meter los ataúdes y luego cubrirlos de tierra. ¿No lo has hecho nunca?

—Siempre se aprende alguna cosa —gruñó Clive.

Con cuidado, entre Jess y él, fueron colocando las fúnebres cajas en el fondo de la fosa. Sin poderlo evitar, al ver frente a él a su hermano. Clive recordaba los años de su infancia, cuando Jess y él eran compañeros inseparables de juegos. ¿Por qué ahora tenía que haber sucedido esto? ¡Dios! ¿Por qué?

El último cuerpo en ser depositado fue el de Temple. Luego se cerraron las cajas.

Nora seguía llorando silenciosamente.

—Recemos —dijo agresivamente Jess, como si ordenará fusilar a alguien.

Los cuatro rezaron en silencio durante unos minutos. Luego, Jess

y Clive cubrieron de tierra la fosa, y por fin, colocaron una hermosa lápida de mármol sobre el lugar donde yacía su hermano.

La lápida decía sencillamente:

«A TEMPLE BRANDON, QUE SUPO MORIR DE PIE»

Al terminar, la noche había caído ya por completo sobre la comarca. No se veían más luces que el farol de petróleo encendido en el porche delantero de la casa.

Nora susurró, mirando a Richard:

—Te llevaré otra vez a la habitación. Te has fatigado demasiado hoy.

Clive los vio marchar. Él, al apoyarse, estrechaba a Nora por la cintura. Sí, iban a casarse dentro de poco, y en cierto modo, ya podía considerarla suya. Suya hasta que se lo llevara la muerte.

Los vio desaparecer.

Ni siquiera se dio cuenta de que Jess y él estaban, solos. La primera señal de ello fue un formidable gancho a la mandíbula que le hizo rodar por tierra como si acabase de chocar contra un martillo pilón.

Desde el suelo, Clive se tocó la mandíbula temiendo que el golpe se la hubiera fracturado. Pero, no. Estaba entera aún. Miró a su hermano Jess con una expresión en la que el dolor Se mezclaba con la sorpresa.

—¿Siempre pegas así, a traición? —preguntó.

—Tú no mereces otra cosa.

—¿Es que no vas a perdonar nunca que yo me fugara de casa y me fuese a pelear con los del Norte, Jess? Tenía unas convicciones que consideraba y sigo considerando honradas. Creo que la guerra la ha ganado el mejor y ahora hemos venido a ofreceros la paz. Debéis aceptarla, Jess. ¡Debéis aceptarla!

Jess escupió de costado intentando alcanzarle la cara, pero no lo consiguió. Y dejó que Clive se pusiera en pie lentamente.

—Ahora nadie habla de la guerra —dijo.

Clive le miró con sorpresa.

—¡Vaya! Yo creí que ésa era la única causa de tu odio. ¿De modo que hay otra cosa? ¿Qué más he hecho yo, si puede saberse?

—Anoche te fuiste con Sheila a la casa de Boot —dijo Jess, con

voz ronca.

Clive, al notar lo que había detrás de aquellas palabras, tuvo que mirarle con más sorpresa cada vez.

—No sabía que Sheila te importase —susurró.

—Me importa. ¡Y mucho!

—Pues hasta ahora no parecías muy entusiasmado.

—¿Tú qué sabes?

—¿Vas a decirme que estás enamorado de Sheila? —preguntó Clive, con un hilo de voz.

—Lo estoy. Sheila me gusta porque es la mujer más bonita que he visto en mi vida. Y estoy enamorado de ella como un loco.

—Bonita no lo es mucho —rectificó Clive—. Lo que ocurre es que sabe moverse y resulta muy seductora.

—¡Te prohíbo que digas que Sheila sabe moverse!

—No hablo en ningún mal sentido, hombre. Cuando una chica anda bien y hace ondular las caderas, decimos que sabe mover…

No tuvo tiempo de pronunciar la última sílaba. Un nuevo y más salvaje puñetazo de Jess lo hizo caer por tierra.

Clive estuvo tentado de saltar y responder a la agresión, pues sabía que vencería a su hermano. Pero ¿qué iba a conseguir deshaciéndole la cara a golpes? Era preciso disminuir el odio, no aumentarlo.

—Bueno —dijo, al fin—, no es ningún pecado estar enamorado de una mujer. Te deseo muchas felicidades, Jess.

—¿Qué fuiste a hacer con ella a la casa de Boot?

—¿Es que estás celoso?

—¡Estoy como me da la gana!

—Ella vino para decirme que había visto morir a dos amigos míos, y entonces le pedí que me acompañara a la casa de ese hombre llamado Boot. No hay nada de malo en ello.

—Pero tú sabías que esa casa estaba vacía.

—¿Cómo iba a saberlo?

Clive recordaba el beso dado a Sheila en la soledad de la casa. Recordaba que ella le había pedido otros y que él no se los dio. Sheila no era precisamente la mujer que convenía a su hermano Jess. Pero, al parecer, ya todo estaba enredado y él no podía oponerse.

—Te ofrezco la seguridad de que no me guió, ninguna mala

intención —dijo, acariciándose la barbilla lastimada—. Puedo ser un perro nordista, si tú quieres, pero recordarás que tengo palabra. Por cierto, ¿por qué no salvaste a Sheila cuando ella iba a ser ahorcada?

Jess lanzó una maldición, antes de gruñir:

—Algunos miserables la odiaban porque nunca les había hecho caso e intentaron colgarla. ¡De haberlo sabido les hubiese hecho tragar la soga remojada con su propia sangre! El matar a dos de esos tipos, es lo único bueno que has hecho en tú vida, Clive. En cuanto a los otros, te juro que lo pagarán algún día.

—No te preocupes. Lo han pagado ya.

—¿Cómo?

—Los que quedaban han sido ahorcados hoy mismo ante la puerta del juzgado de la ciudad.

—¡Diablos! ¿Y quién ha sido el valiente?

—Un tipo llamado Charlie y su cuadrilla.

Jess guardó durante unos momentos un confuso silencio, y Clive preguntó:

—¿Qué sabes tú de la cuadrilla de ese tal Charlie?

—Nada.

—Yo creí que estabais en relación.

—¿Por qué?

—Vosotros habéis formado aquí una bonita jugada, una de las jugadas más importantes de la historia de este país, y Charlie y su cuadrilla os ayudan. ¿Vas a decirme que no sabes quién es?

—No lo sé. Es la verdad.

—Sé sincero, Jess. Tú nunca has tenido costumbre de mentir.

—Es que te estoy diciendo la verdad. Charlie apareció en la comarca hace muy poco tiempo, y en realidad, se dedicó a asaltar ranchos abandonados en compañía de unos cuantos granujas. El Sur estaba perdido, ya no había ley, y nada más fácil para un hombre sin escrúpulos que ganar unos dólares en poco tiempo.

Cuando la guerra terminó, creímos que Charlie se marcharía por miedo a lo que pudiera suceder, pero se quedó aquí.

—Te refieres a uno que tiene media cara quemada, ¿eh?

—Al mismo, no hay otro. Las quemaduras le empiezan en un párpado y le llegan hasta más abajo de la mandíbula. Habla poco, con voz ronca y que suena extraña al oído. Como te decía, se quedó

aquí y aparece de vez en cuando como si fuera un fantasma. Pero no ha vuelto a robar a nadie más.

—No creo que se haya regenerado, pero de un modo u otro lo mataré —dijo Clive, fríamente—. Lo mataré porque él asesinó a un pobre hombre llamado Thomas e hizo asesinar a mis amigos Rangely y Steve. Porque hoy ha conseguido aterrorizar a toda la ciudad y porque si alguien no termina con él, constituirá pronto un imperio del crimen. Por todas esas razones, tengo que matarle, Jess, aunque sea amigo tuyo.

Jess lanzó una ronca carcajada.

—¡Mátalo, si puedes!

—Te enviaré su cadáver.

—Yo sólo lo mataré si toca a Sheila. Si llegase a hacerlo…

Retorció ambos puños, y su rostro fue lo bastante elocuente sobre lo que él sería capaz de hacer con el hombre que hiciese algún daño a la mujer que él quería más que a su vida.

—Eso es asunto tuyo, Jess.

Dio media vuelta, no queriendo prolongar por más tiempo aquella discusión, y se encaminó hacia la casa. Jess todavía se quedó allí, huroneando alrededor de la tumba, como si quisiera asegurarse de que no iba a escapar ninguno de los muertos.

Al entrar en la casa, que estaba sumida en penumbra y por entre cuyas ventanas susurraba lúgubremente el viento de la noche, Clive tropezó con una delicada figura que parecía aguardarle.

Era Nora.

—Clive… —musitó suavemente ella.

—Deberías estar con Richard.

—No tomes en cuenta todo esto, Cly, te lo suplico. ¿Qué puedo hacer? ¿No te das cuenta de que es un muerto en vida?

—Por eso mismo no quiero causarle ningún sufrimiento.

—Pero, Cly…

—Él me odia. Richard me odia con todas sus fuerzas y quisiera verme muerto. No quiero darle ningún motivo para que me odie todavía más, Nora. Ve con él y finge que le amas.

—Cly, eres injusto conmigo. Te humilla el que yo sea caritativa con él. No quieres comprender…

Clive se mordió los labios. Ella tenía razón, lo sabía. Pero, aunque se avergonzaba de ello, algo le había quemado en la sangre

cuando la vio junto a Richard.

«Debo quererla demasiado», pensó.

Pero como Clive consideraba que un hombre de verdad nunca debe manifestar sus sentimientos, se limitó a encogerse de hombros y a caminar indiferente hacia el interior de la casa.

Ella le siguió.

—Cly…

—Creo que voy a hacer un viaje, Nora. Más valdrá que os caséis pronto.

—¿Es que me dejas?

—Cada uno tiene sus obligaciones.

Ella le alcanzó y se detuvo frente a él, poniéndole ambas manos sobre el pecho. Entreabrió los labios y fue como si pidiera, sin palabras, que él la besase. Pero Clive no se movió. Fue al ver su cara, aquella cara inconmovible que parecía tallada en piedra, cuando Nora se retiró poco a poco las manos y como si le hubiesen dado una bofetada se cubrió con ellas el rostro para echarse a llorar.

—No me encontrarás —sollozó—. ¡Cuando me busques, no me encontrarás!

Y se alejó corriendo de su lado, yendo a través de las habitaciones destartaladas hacia la parte trasera de la casa.

Clive se mordió los labios con rabia.

—Es como si la hubiera perdido para siempre —musitó.

Fue a encaminarse a la habitación de su hermano Richard para anunciarle que marchaba de Luisiana.

Y fue entonces cuando oyó un grito, un grito desgarrador.

¡Y lo había lanzado Nora!

CAPÍTULO X

¡RÍE, MUERTO, RÍE!

La noche embrujada de Luisiana lo envolvía todo cuando Clive saltó con la velocidad del rayo hacia el porche trasero de la casa.

Nora había gritado otra vez, pero ahora más débilmente, como si alguien la hubiese amordazado o estuviera a punto de perder el sentido.

Clive identificó enseguida el lugar de donde habían partido los gritos, que no podía ser más que uno: ¡la habitación secreta!

Vio que la gran puerta de madera del cuarto de los esclavos se hallaba abierta. Un nuevo farol de petróleo, en substitución del que alguien rompiera de un balazo la noche anterior, colgaba del techo. Clive lo descolgó y fue con él hacia la chimenea, comprobando que estaba corrido hacia un lado el panel que cerraba la habitación secreta.

Un olor espeso y pútrido partía de aquel hueco. El joven lo identificó enseguida: ¡olor a muerte!

La luz de su fanal de petróleo iluminó mejor la pequeña habitación, permitiendo descubrir a Nora que estaba pegada a una de las paredes, con otro fanal de petróleo en la mano derecha. Pero esa mano le temblaba de tal manera, que la luz trazaba eses como si estuvieran haciendo señales con ella.

Siguiendo la dirección de la mirada de Nora, Clive descubrió lo que la había hecho gritar.

Nora cayó resbalando sobre la pared, sin fuerzas, cuando él miraba aquello.

Era un hombre. Un hombre muerto.

Debía llevar al menos seis o siete días allí, a juzgar por su estado de descomposición y por el hedor que dentro de la habitación era insoportable. Un tipo de unos cuarenta años, vestido de negro, a quien debían haber matado mientras estaba riendo. Y la muerte no había logrado borrar del todo su risa, que ahora era en su rostro como una mueca diabólica y horrible.

Clive se acercó dos pasos a él, alumbrando de lleno aquel terror con la luz de su lámpara.

Al hombre le habían clavado dos balas en el pecho, siendo los orificios perfectamente visibles sobre la camisa blanca. Le había matado por sorpresa alguien en quien él confiaba ciegamente, alguien cuya presencia le alegraba incluso. La prueba era su horrible risa.

Clive se volvió poco a poco y vio detrás de él a Nora que hacía esfuerzos para ponerse en pie mientras evitaba respirar aquel aire nauseabundo de la habitación secreta.

Él dejó en el suelo un farol de petróleo y ayudó a la muchacha a salir rápidamente.

Cuando estaban en la antigua habitación de los esclavos, preguntó:

—¿Lo conocías?

—Sí.

—¿Quién es?

—Boot.

—Me lo figuraba.

—¡Dios mío! —susurró ella—. Entonces, ¿quién fue el que anoche salió de esa habitación?

—No salió nadie. La misma persona que hizo astillas la lámpara de petróleo, para dejamos a oscuras, pasó luego corriendo muy cerca de la chimenea, tan cerca que pudiera llegar a darnos la sensación de que alguien había escapado de la habitación secreta. El objetivo que perseguía era que la creyésemos vacía y no buscáramos más en ella.

—¡Cielos! Yo que había entrado ahí para que no me encontrases… Pero ¿quién pudo tener interés en hacernos creer eso? ¿Quién?

Clive levantó la cabeza.

—Ahí lo tienes.

En el umbral de la puerta acababa de recortarse la maciza figura de Jess Brandon. Olía a tabaco fresco, el perfume usado por Boot y que él debió robar de alguno de los bolsillos del cadáver.

Nora lanzó un gemido, incrédula, pero las palabras que Jess dijo a continuación la convencieron:

—De modo que ya lo habéis encontrado, ¿eh? —preguntó.

—¿Tú sabías que estaba allí? —sollozó Nora.

—Claro que lo sabía. Y tenía el máximo interés en que no lo descubrierais tan pronto. Deseaba que durante unos días, Clive aún siguiera buscando por aquí a Boot. ¡Difícil le iba a ser encontrarlo!

—Quiero hacerte el honor de suponer que no lo has matado tú —dijo Clive, fríamente—. Tú no eres un asesino.

—Menos mal que me haces ese honor. Claro que no lo he matado yo. Me lo trajeron los pistoleros de Charlie cuando era ya un cadáver.

Nora ahogó el gemido que ya estaba en su garganta, mientras Clive preguntaba fríamente:

—¿Fueron los hombres de Charlie?

—Sí. Ellos lo trajeron.

—Sé que dices la verdad, Jess.

—Claro que la digo. Y estoy dispuesto a defender mis palabras con el revólver.

—No se trata de eso, Pero supongo que ahora que todo está descubierto, no tendrás inconveniente en hablar, Jess.

Jess lanzó una carcajada.

—¿Explicarte cosas a ti, un perro nordista?

—Sé que disfrutarás explicándome lo listos que habéis sido, Jess, y lo bien que nos hemos dejado engañar.

Hubo una nueva carcajada del gigantesco hermano de Clive.

—¡Claro que os habéis dejado engañar, imbéciles! ¿O crees que no conozco toda la historia? Hace tiempo un espía sudista a quien atrapasteis pidió que le perdonarais la vida a cambio de explicaros un importantísimo secreto. Se lo prometisteis y entonces os contó la siguiente historia. Un tipo llamado Boot se preparaba para asesinar a vuestro bendito Presidente Abraham Lincoln. Incluso os escribió el nombre: Boot. Y os dijo que podríais detenerle en esta comarca de Luisiana, lo cual era mentira.

—¿Mentira? —preguntó Clive, como si él no hubiera creído ya

eso mismo desde mucho tiempo atrás.

—¡Claro que lo era! ¿O crees que ese hombre os iba a explicar toda la verdad? Dijo Luisiana como pudo haber dicho Nevada, California o Missouri, con el solo objeto de desorientaros mientras Boot iba preparando tranquilamente la muerte de Lincoln. Pero, una vez solo en su celda, aún preparó las cosas mejor. Encontró medios para escribir a un rico hacendado del Sur, pidiéndole que, si era valiente y amaba la causa sudista fingiera ocultar en su casa a un tal Boot, sólo para desorientar a los perros de presa del Norte.

—¿Quién era ese hacendado?

—Se llamaba Maxwell, pero eso no importa ahora. El caso es que su hacienda fue una de las varias asaltadas por la banda de Charlie, quien le dio muerte mientras tenía la carta en las manos. Charlie, desde luego, la leyó. Y como él es partidario del Sur, creyó que podría colaborar en la muerte del Presidente Lincoln.

—¿Qué hizo?

—Sencillamente se guardó la carta, fue a ver al único Boot que había por estos contornos y le descerrajó dos balazos. Nos visitó entonces a nosotros trayéndonos el cadáver. Fue una noche y no había ni pizca de luna. Siempre lo recordaré. La petición que nos hizo fue más o menos la siguiente: «Algunos oficiales escogidos del Norte vendrán a esta comarca en busca de un hombre llamado Boot, para detenerlo, acusado de pretender asesinar a Abraham Lincoln. En vista de que el único que existe ha desaparecido, se reafirmarán en su creencia de que anda ocultándose para llegar a Washington y cometer su crimen. Batirán la comarca durante dos o tres semanas, y si vosotros ocultáis bien el cadáver, no habrá modo de que lo encuentren. Yo y mis hombres nos preocuparemos de sembrar unas cuantas pistas falsas para que los del Norte centren las investigaciones alrededor de vuestra casa. Mientras tanto, el verdadero Boot tendrá tiempo de consumar su obra».

—¿Y vosotros aceptasteis? ¿No sabíais que Charlie es un forajido sin escrúpulos?

—En esos momentos servía al Sur, y eso es lo único que importa.

—¿Ignoráis que os habéis convertido en cómplices del crimen, si es que llega a realizarse?

—Será uno de los crímenes más importantes de la Historia, Muy divertido verse mezclado en él.

—¡Jess, estáis locos!

Jess hizo rechinar sus nudillos, que produjeron un «craaac» siniestro.

—Nada de locos, Clive. Nuestra vida nos importaba poco. Creíamos que el Norte enviaría aquí una cuadrilla de perros rabiosos y estábamos preparados para todo. Pero en lugar de eso, apareciste tú. Tú solo, como si hubieras de hacer cambiar el mundo. —Lanzó una risotada—. ¿Qué vas a hacer ahora que has descubierto la verdad? ¿Comunicarlo a tus jefes?

—Es mi obligación.

—De todos modos, ya has perdido demasiado tiempo. Rechinaron los dientes de Clive.

—Intentaré recobrarlo.

—¿Crees que vas a poder salir? —preguntó Jess, arqueando los brazos sobre los revólveres—. ¿Piensas que todo va a ser tan sencillo?

—¡Apártate, Jess!

—Prueba a apartarme.

Jess hizo ademán de «sacar», pero lo que Clive hizo en aquel momento fue algo alucinante por la rapidez y precisión de sus dos disparos.

Sin sacar los revólveres de las fundas, los movió a la vez y apretó ambos gatillos. Los dos «Colt» de Jess quedaron atravesados por los plomos antes de que lograra empuñarlos del todo.

Luego, Clive levantó ambas manos un poco, dejando caer los revólveres en sus fundas.

—Buena suerte, Jess —dijo tan sólo.

Y pasó junto a su hermano sin que éste, boquiabierto, se atreviese ahora a cortarle el paso, No se dio cuenta de que Nora venía tras él. No se dio cuenta hasta que estuvo a punto de montar en su caballo, dispuesto para partir.

—Cly… —susurró ella.

—Más vale que te vayas de esta casa, muchacha. Más vale que te vayas cuanto antes.

—Cly, no debes intentar nada contra tus hermanos.

—Te he dicho ya varias veces que si estoy aquí es precisamente para que nada les ocurra.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ver a mi inmediato superior, que es el general Patrick. Pero no sé si voy a convencerle de que nos hemos equivocado.

—¿Denunciarás a Jess y a Richard?

—Claro que no. Explicaré las cosas de modo que ellos intervengan lo menos posible. Al fin y al cabo, no han matado a nadie.

—¿Y si no convences al general Patrick?

—Entonces iré a Washington y hablaré personalmente con el Presidente Lincoln.

Nora palideció.

—Cly, sé que irás a Washington. ¡Sé que irás a Washington y no volverás nunca más!

Con un rostro inexpresivo, glacial, un rostro que parecía tallado en piedra, él la miró durante unos instantes.

—No, Nora, no volveré.

Montó a caballo y rechazó suavemente las manos de la mujer, que se aferraban con desesperación a una de sus piernas.

—Cuidado —dijo con crueldad—. Puede verte Richard.

—¡Cly!

Él no hizo caso. Clive Brandon no hizo caso, aunque una garra le destrozaba el corazón por dentro, aunque sentía como si diez uñas le arañasen lentamente la carne. Espoleó a su montura. Sabía que lo más probable era que no volviese más. Pasó junto a las tumbas donde reposaban para siempre los muertos, y dejó atrás la vieja y solemne casa del Sur, aquella casa donde también para siempre se consumían las pasiones de los vivos.

Llegó a las falsas prospecciones petrolíferas cuando ya la luna estaba muy alta sobre los campos. Saludó a uno de los centinelas, descabalgó y penetró en la tienda del general Patrick.

Estuvo hablando con éste más de media hora.

Los gritos que lanzaban los dos se oían desde el exterior de la tienda. Aquello no parecía una conversación entre un general y un comandante, sino una discusión entre dos generales borrachos. Ambos gritaban igual.

Pero al fin, Clive salió de la tienda lanzando maldiciones en voz baja y acariciándose las rodillas con sus propias espuelas, como si quisiera herirse. Escupió de costado y fue en busca de su caballo, que descansaba a unas yardas de distancia.

Patrick salió tras él.

—¿De modo que un muerto que se reía, eh? —increpó—. Vaya a otro con ese cuento. ¿De dónde saca que los muertos se ríen?

Clive se volvió para mirarle.

—Aquel muerto se reía, desde luego. Le mataron cuando se estaba corriendo la gran juerga. Claro que no comprendo por qué.

—Se ve que eso de morirse es la mar de divertido —dijo cáusticamente Patrick.

Clive no quiso hacer más comentarios. Saludó rígidamente, montó de un salto en su caballo y emprendió el galope en dirección norte, por donde pasaba la vía férrea.

Confiaba que hubiesen reparado ya los tramos más afectados por la guerra. Si no empleaba el ferrocarril tardaría dos semanas en llegar a Washington. Y dentro de dos semanas, ya todo podría ser inevitable.

La luna fue oculta por unos negros nubarrones y pronto empezó a lloviznar. Clive galopaba por un ancho camino flanqueado de árboles a orillas de un lago donde el agua repiqueteaba sonoramente. Pensó en lo romántico que hubiera sido aquel paisaje si él no hubiese tenido en la cabeza una sola idea: ¡la muerte!

De pronto, le pareció que alguien le llamaba:

—¡Clive! ¡Clive! ¡Clive!

Tiró de las riendas del caballo, que se detuvo levantando los remos. La voz había sonado detrás de él. Y era una voz de mujer.

Clive vio entre las tinieblas una mancha amarilla que se acercaba a él silenciosamente.

Sheila casi se dejó caer en sus brazos.

—¡Oh, Clive! ¡Clive!

La voz de él fue helada.

—¿Qué buscas, Sheila?

—Te he visto al pasar. Me he ocultado en una casucha junto a ese lago para no estar en la ciudad, ¿no lo sabías? Te he visto al pasar y me he dicho: «Clive se va. Este camino conduce a la vía férrea».

—Sí, es cierto. Me voy.

—¿Para no volver?

—Puede.

Sheila se apretó ansiosamente contra él, enlazándole con sus

brazos, a pesar de que Clive estaba inconmovible como una estatua.

—Clive, tú eres el único hombre a quien he querido en mi vida —jadeó Sheila—. El único. A los demás los desprecio.

Clive pensó en Jess. Hubiese querido en este momento tener tiempo para hablar con Sheila, para decirla que fuese junto a su hermano porque él la quería de verdad. Pero sólo pudo preguntar:

—¿Los desprecias?

—La vida de un hombre no vale una moneda de diez centavos mordida por un perro —dijo ella, rencorosamente—. Nada me importaría verlos morir a todos, excepto a ti.

—¿Y a Jess también?

—¿Qué pinta Jess en esto?

—Nada. En cierto modo, no pinta nada. Adiós, Sheila.

—¡Clive, no puedes irte así! ¿Es que no lo comprendes? ¡Debes hacerme caso! ¡Te estoy dando una oportunidad!

—¿Una oportunidad para qué?

Ella sonrió en la oscuridad.

—Para amarme.

—Para amar hay que ser muy buena persona, Sheila —musitó él —. Yo sólo soy un tipo repugnante que siente pasión por los revólveres. Busca otro que te merezca más.

Se desasió de los brazos de la mujer y montó su corcel de un salto. Lo espoleó y el caballo saltó hacia adelante Cómo poseído de súbita rabia. Pero antes de alejarse, aún pudo oír las palabras de Sheila.

—¡Te he dado una oportunidad y no la has aceptado, Clive! ¡Está bien! ¡Pagarás las consecuencias! ¡Si alguna vez te atreves a volver a Luisiana, buscaré a Charlie para que te mate como a un perro!

CAPÍTULO XI

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

A pesar de que gran parte de las líneas de ferrocarriles habían sido destruidas por la guerra, Clive Brandon, en un frenético viaje en el que empleó el caballo, la diligencia y el tren, consiguió llegar desde Luisiana a Washington en sólo tres días.

Washington era entonces poco más que una ciudad provinciana. Alrededor del Capitolio se agrupaban unos centenares de casas, un par de avenidas importantes y pocas cosas importantes más. La sede del gobierno era entonces la modesta capital de un país que, por decirlo así, acababa de nacer.

Después de tres noches sin dormir y sin poder ni siquiera lavarse, Clive, se apeó del tren y contempló las calles de la ciudad con ojos enfebrecidos de sueño.

Después de los interminables y silenciosos paisajes del Oeste, la capital le pareció una Babel llena de ruidos y de gente. Cuando él salió de la estación, uno de los, maquinistas salía también. La suciedad de los dos era, aproximadamente la misma.

—¿Buen viaje, amigo? —le preguntó el maquinista.

—Infernal.

—Pues esto es el progreso: velocidades suicidas de cincuenta millas a la hora y las ropas llenas de humo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Clive, entrecerrando los ojos.

—Parece como si hubiera perdido usted la noción del tiempo.

—En cierto modo, así es.

—Pues hoy estamos a 14 de abril de 1865.

—14 de abril. Quizá haya llegado demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? ¿Le esperaba la novia y teme que haya terminado por casarse con otro?

El maquinista lanzó una risotada, le pegó una palmada en el hombro y se alejó como si acabase de decir la cosa más divertida del mundo.

Clive, sin descansar ni pensar en lavarse siquiera, tomó un coche de alquiler hasta la Casa Blanca. Recomendó prisa al conductor y los caballos llegaron sudando.

Una vez ante la residencia presidencial, se dirigió a un ujier y manifestó su deseo de hablar sin pérdida, de tiempo con el Jefe del Servicio de Vigilancia presidencial.

—Ha salido hará aproximadamente una hora —le respondieron —. Y su segundo, el general Patrick, se encuentra en estos momentos en Luisiana, con una misión especial.

—Lo sé. Yo formo parte de esa misión especial. Estoy adscrito a los servicios de protección del Presidente. Vea.

Mostró un documento que así lo acreditaba. El ujier llamó a su superior y éste a otro, más superior aún. Clive Branden empezaba a impacientarse ante todo aquel trámite al que no estaba acostumbrado. ¿Es que aquellos tipos no comprendían que uno no llega del salvaje Oeste, con los revólveres todavía en las fundas, para hablar sólo con los lacayos del presidente?

No se daba cuenta de que su aspecto desastrado, su suciedad y sus revólveres inspiraban desconfianza a aquellas personas acostumbradas a vivir entre la limpieza y la pulcritud de un palacio presidencial. Si le hacían perder tiempo era precisamente para vigilarte. AL fin, el tercer personaje con el que había hablado encontró una solución.

—Le presentaremos a míster Ringley. Él podrá atenderle.

—¡Menos mal! Conozco a Ringley. Él fue uno de los que me encargaron esta misión. ¿Dónde puedo verle?

—Sígame, por favor.

Y Clive fue conducido a través de varias oficinas a un despacho bien amueblado y con vista a los jardines de la Casa Blanca, donde un hombre joven y espléndidamente vestido parecía abstraído en el estudio de un plano de la ciudad colgado de una de las paredes.

—Hola, Ringley —dijo Clive, sentándose sin ceremonias y poniendo ambos pies encima de la mesa.

Ringley, que era el hombre bien vestido, lanzó un respingo al ver a Clive allí.

—Pero ¿qué es esto? ¿Has abandonado tu puesto? ¿Ya cuentas con el permiso del general Patrick?

—No cuento con el permiso de nadie. Y he enviado al general Patrick a que le limpien la dentadura en los infiernos.

—Pero…

—Sí, ya sé. Vas a decirme que es una locura. Pero todo tiene una explicación clara, sencilla y concreta. Siéntate y escucha.

Ringley se sentó, mirando con aprensión las, botas de Clive sobre su mesa.

—Está bien. Habla.

Y Clive se lo explicó todo. Le explicó que, el espía sudista les había dicho sólo una verdad a medias. Que, en efecto, puede que un hombre llamado Boot quisiera asesinar al presidente Lincoln y estuviera buscando la ocasión para ello, pero a Boot no había que localizarlo en Luisiana. Una farsa montada por unos pocos hombres había servido para desorientar por completo a los que estaban encargados de proteger al presidente Patrick y sus mejores ayudantes estaban ahora en Luisiana, bien lejos de Washington, donde seguramente iba a cometerse el crimen.

Dio a Ringley todos los detalles que éste le pidió. Los detalles eran convincentes. Pero el rostro escéptico que Ringley tenía al empezar aquella conversación, no cambió de ninguna manera.

—¿Es que no me crees? —preguntó abruptamente Clive.

—¡Oh, sí, sí, naturalmente que te creo! ¿Y qué es, según tú, lo que deberíamos hacer para remediar esta situación?

—¿Cuántos hombres protegen al presidente?

—Ya sabes que a Abraham Lincoln no le hace demasiada gracia eso de que le estén vigilando día y noche. Y, además, ahora casi todos los encargados de su protección se encuentran bien lejos de aquí, en Luisiana, con el general Patrick. Sólo quedamos dos hombres para ocupamos de proteger la persona del presidente.

—¡Dos hombres! Pero ¿no te das cuenta? ¿No ves que eso es ridículo para frenar un golpe que el asesino puede asestar en cualquier momento?

Por la expresión de su rostro estaba bien claro que Ringley no le creía.

—Está bien. Supongamos, que tienes razón. ¿Qué propones hacer?

—Primero, interrogar de nuevo al espía de donde salió todo. Segundo, hablar con el presidente para que no salga de la Casa Blanca.

Ringley lanzó una carcajada.

—Tú eres un poeta o un loco, amigo mío. La primera de las dos cosas no puede hacerse porque ése espía murió de enfermedad precisamente anteayer. Y en cuanto a la segunda, no vas a pretender que el presidente esté encerrado solo porque a ti te lo parezca. Precisamente esta tarde tiene proyectado ir al teatro por ser el cuarto aniversario del ataque a Fuerte Sumter.

—¿Al teatro? ¿Y a cuál piensa ir?

—Al Teatro Ford. Precisamente el jefe del servicio de protección ha ido allí para revisarlo todo antes de que la función empiece.

Clive se puso bruscamente en pie.

—Necesito hablar con el presidente —dijo.

—Pero ¿por qué? ¿Crees que él no tiene cosas más importantes que hacer? Como encargado de su protección, ya has cumplido con tu deber. Ya has hablado conmigo.

—No me presentes como un hombre encargado de su protección.

—¿Cómo he de presentarte, entonces?

—Como un hombre de las fronteras del Oeste.

Ringley se puso en pie resignadamente y salió de la habitación.

—Está bien. Veré qué puedo hacer —dijo al abrir la puerta.

Tardó en regresar irnos quince minutos.

—Lo siento —dijo, encogiéndose de hombros—, pero el presidente va a recibir una visita oficial. Me ha dicho que agradece la deferencia de un ciudadano de las fronteras del «Oeste», y que con mucho gusto hablará contigo, pero tendrá que ser al terminar la función en el Teatro Ford; Te aseas un poco y te dejas caer por allí al terminar el tercer acto. Yo te llevaré hasta su palco.

—Puede que ya sea demasiado tarde, Ringley.

—Pero ¿por qué? No falta apenas nada. El presidente recibe la visita oficial de que te he hablado y sale enseguida para el teatro. Tienes el tiempo justo para ponerte presentable. ¿Cuánto has tardado en llegar desde Luisiana?

—Tres días.

—¡Tres días! Y ya ves que al presidente no le ha ocurrido nada. ¿No puedes ahora aguardar un par de horas?

Clive se mordió el labio inferior mientras se dirigía cansadamente hacia la puerta. Cierto, quizá estaba exagerando las cosas. No iba a ocurrir nada por un par de horas más. El tiempo justo para asearse un poco.

Pero la preocupación le acompañaba como una pesadilla cuando salió de la Casa Blanca. Buscó un hotel que estuviera situado cerca del Teatro Ford para no perder tiempo y encargó dos cosas: un baño y que le fueran a adquirir un traje decente en cualquier almacén de ropas confeccionadas.

Después de bañarse y afeitarse cuidadosamente, se mudó, se puso una camisa nueva y las ropas que le habían comprado. Todo le sentaba estupendamente bien. Tanto, que, al mirarse al espejo, Clive susurró:

—¡Vaya, Brandon! Ahora ya eres un mequetrefe de la ciudad.

Luego consultó su reloj. El tiempo volaba. Habían transcurrido casi tres horas desde que se despidió de Ringley.

Puso un revólver cargado entre su pantalón y su camisa, cubierto por la levita, y, salió apresuradamente en dirección al Teatro Ford.

Dio por descontado que Ringley ya habría hecho algo para facilitarle la entrada. De modo que fue a una de las taquillas y preguntó:

—Me llamo Clive Brandon. ¿Han dejado una entrada para mí?

—Sí, señor, pero la función está terminando.

—No importa. Gracias.

Tomó la entrada y se dirigió hacia la puerta.

Al pasar, leyó distraídamente el título de la obra que se representaba. Las grandes letras del cartel decían:

OUR AMERICAN COUSIN

—Una comedia que se titula «Nuestro primo americano». ¡Vaya! ¡Menudo aburrimiento! —se dijo Clive para sí.

También de una forma maquinal, leyó la lista de los principales intérpretes.

Y, de repente, lanzó un grito.

Porque sus ojos acababan de tropezar con este nombre, entre los artistas que representaban la obra:

J. WILKES BOOTH

CAPÍTULO XII

«¡EL SUR ESTA VENGADO!»

El hombre que entró en el patio de butacas del Teatro Ford no parecía una persona civilizada, sino un auténtico pistolero que se dispone a asaltar una diligencia.

La levita se le había desabrochado sin que él se diera cuenta, y por entre camisa y pantalón asomaba la culata del «Colt». Sus ojos parecían extraviados. Sus labios temblaban.

¡Allí estaba el asesino! ¡Booth, como había dicho el espía, pero con una ligera diferencia en la forma de escribirlo!

Nadie se fijó en él. Acababa de terminar el tercer acto y la obra parecía un éxito. Todo el mundo aplaudía. El Presidente Lincoln, desde su palco, estaba aplaudiendo también.

Su esposa y dos amigos se hallaban con él.

Aparentemente, nada podía suceder. Nada sucedería. Lincoln estaba tranquilo. Sonreía suavemente. Después de la victoria había pedido que no se impusiera el menor castigo a los dirigentes del Sur. Sus ojos miraban al escenario bondadosamente y tenían esa expresión que sólo tienen los ojos de los hombres que están muy por encima del nivel medio de la Humanidad.

Clive respiró fuerte, tranquilizado.

Nada había sucedido. Quizá nada sucedería.

Pero tenía que hablar cuanto antes con el Presidente para rogarle que marchase de allí.

Iba a hacerlo cuando de pronto entró alguien en el palco. Uno de los artistas.

Se oyó el rechinar de los dientes de Clive. Extrajo su revólver

con velocidad meteórica, como si se tratase de un desafío. Sus labios se abrieron para gritar:

—¡Quieto, Booth!

Las dos detonaciones sonaron al mismo tiempo. La del asesino y la de Clive, intentando salvar a Lincoln. Pero sólo una de las balas llegó a su destino.

Clive, a causa de la distancia y el nerviosismo, había fallado por primera vez en su vida. Y en cambio Abraham Lincoln, el hombre que había abolido la esclavitud haciendo de los Estados Unidos una nación nueva, cayó mortalmente herido.

Booth saltó al escenario, entre los gritos y la confusión general, lanzando aquella frase que lo resumía todo y que explicaba su crimen:

«¡EL SUR ESTA VENGADO!»

Clive, con los ojos entrecerrados, levantó su revólver otra vez. Booth corría ya para ocultarse, pero no sería lo bastante rápido para evitar la bala. «Ahora no fallaré —pensó Clive—. No fallaré…»

Y cuando ya estaba a punto de apretar el gatillo, recordó la vieja ley del Oeste. No se podía disparar contra un hombre desarmado y que le diera a uno la espalda. No, él no podía matar de esa manera. Que lo hiciesen otros. Clive Brandon no, porque ya había dicho lo que era cuando pidió ser recibido por el Presidente: «Un hombre de la frontera del oeste…»

Bajó su revólver.

En los ojos de Clive Brandon había lágrimas.

CAPÍTULO XIII

LOS VERDUGOS

Jess escupió de costado, como tenía por costumbre hacer desde los días de la guerra, y dijo bruscamente:

—El Sur está vengado.

El hombre que estaba frente a él, un hombre destrozado por el cansancio y el insomnio, pero todavía con una mirada fiera y llameante, musitó mientras acariciaba su revólver:

—Es todo lo contrario. Ahora el Sur está perdido. No es posible que los vencidos encuentren otro vencedor tan generoso como Lincoln.

—Él ya está muerto —gruñó Jess—. ¿Le viste morir tú, Clive?

—Esperé un día en Washington hasta que falleció. Lincoln tardó en morir veinticuatro horas.

—¿Y el hombre que lo mató?

—Booth logró huir de momento, pero también al día siguiente fue acorralado en una granja y muerto de un tiro. Dicen que el que a hierro mata a hierro muere. Debe ser verdad.

Jess preguntó:

—¿Por qué has vuelto?

—Porque Richard y tu habéis contribuido a cambiar la historia de este país. Porque también sois responsables de la muerte de Abraham Lincoln.

—¿Y qué quieres? ¿Pegarnos un tiro a cada uno?

—No. He venido a aconsejaros que huyáis.

Jess lanzó una carcajada. Era de noche, pero había luna. Sus blancos dientes brillaron a la luz espectral.

—Si has contado a alguien nuestra intervención supongo que tus amigos, los nordistas, vendrán enseguida a echamos el guante. Y supongo también que ya traerán una cuerda preparada.

—No, no es eso.

—¿Quieres decir que tus amigos nos van a perdonar?

—En este momento no se van a preocupar de vosotros. Será dentro de unos días, cuando no estén tan nerviosos y empiecen a hacer una investigación en regla. Por ello no os aconsejaría que huyeseis esta misma noche. Pero si os lo aconsejo es por Charlie.

—¿Charlie? —preguntó Jess, sin comprender.

—Sin duda se trata de un fanático del Sur y por eso ha ayudado a montar esta farsa. Pero puede que, ahora que ha conseguido mucho dinero con sus robos, piense establecerse en Luisiana como una persona honrada. En tal caso vosotros seréis unos testigos molestos. Os eliminará.

Jess dijo:

—¡Bah!

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir?

—Es lo que creo.

—Óyeme, Jess —rogó Clive—. Llevo casi una semana sin dormir, y sólo he desperezado algún sueño en los andenes de las estaciones. No he probado bocado en las últimas cuarenta y ocho horas. Este regreso infernal desde Washington lo he hecho sólo para advertiros: Huid. Lincoln ya está muerto y si os cuelgan no por eso se le devolverá la vida. Largaos cuanto antes, Atravesad por lo menos la frontera de Tejas.

—¡Al diablo con tus cuentos! ¡Charlie es un amigo, pero si viene aquí con intenciones agresivas, sabremos recibirle bien!

—¿Cuántas veces lo has visto?

—Sólo una, y no le vi de cerca.

—¿Cómo te atreves entonces a confiar en él?

—Porque sé que también es un partidario del Sur.

—Sí, pero además es un pistolero.

—¡Bah!

Jess estaba junto a su caballo cuando le sorprendió Clive de regreso de su infernal viaje. Ahora Jess montó de un salto y se dispuso a partir, como si no le preocuparan lo más mínimo las palabras de su hermano.

—¿A dónde vas?

—A ver a Sheila.

Clive recordó su última conversación, aquella conversación inolvidable a orillas del lago cuando ella le pidió que la besase y luego gritó: «¡Buscaré a Charlie para que te mate como a un perro!».

Posiblemente lo haría. Sheila era de esas mujeres que nunca amenazan en vano.

—Me parece recordar que alguien me dijo que Sheila ya no vivía en su casa de la ciudad —comentó.

—La seguí el otro día —dijo Jess—, y vi que se introducía en una casa vacía junto al lago.

—Ten cuidado, Jess. Tengo la sensación de que Sheila nunca ha sido una mujer tan fácil como se ha dicho por ahí.

—Por eso mismo me gusta.

Espoleó su caballo y partió a galope. Clive Brandon se lo quedó mirando con una expresión pensativa en su fatigado rostro.

Luego se dirigió poco a poco hacia la casa. Sabía que Nora estaría junto a Richard. Y algo le quemaba en el corazón al pensar que, ¡después de cuatro años! Había estado siete días sin verla.

Fue a la habitación de su hermano y entreabrió la puerta en silencio. Richard dormía intranquilo, moviéndose y retorciendo los dedos. Tenía un aspecto tan desmejorado que Clive se mordió los labios con preocupación. Pero Richard estaba solo.

Quizá Nora había ido a la ciudad a comprar algún medicamento. La esperaría.

Se dejó caer, rendido, sobre un sillón, dispuesto a no dormirse. Pero al instante sus ojos se cerraron y su cabeza cayó hacia adelante como si fuese un plomo. El sueño le dominó, y fue tan profundo y aplastante como el sueño de la muerte.

De pronto algo le despertó, sobresaltándole. Durante unos segundos estuvo con los ojos abiertos, pero sin ver, igual que si viviese una pesadilla. Luego pudo concretar qué era lo que le había despertado. Ruidos de caballos. Ruidos de caballos y voces de jinetes.

La luz de la luna seguía entrando por la ventana casi a la misma altura que cuando se durmió. Debía haber transcurrido escasamente una hora.

Clive se puso en pie, tambaleándose, y entonces oyó los

primeros disparos.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Había tenido razón! ¡Charlie ya no necesitaba a los Brandon y había decidido eliminar a unos testigos demasiado molestos! ¡Aquéllos eran sus hombres!

Pero ¿y Jess? ¿Dónde estaba Jess?

Los disparos arreciaron, y se oyó entonces la voz angustiada de Nora, que debía haber regresado mientras Clive esperaba. Aquella voz angustiada y desgarradora que gritó:

—¡Richard! ¡No salgas! ¡Noooo…!

—¡De algún modo hay que morir! —gritó Richard—. ¿No lo sabías aún, muchacha?

Se oyeron dos detonaciones distintas y un grito de agonía. Richard acababa de alcanzar a alguien.

Como un sonámbulo, Clive desenfundó sus revólveres, se asomó a la ventana y saltó por ella.

Vio a seis hombres armados que se acercaban a la casa. Otro más yacía tras ellos, retorciéndose en el suelo entre los espasmos de la agonía. Richard disparó nuevamente desde el porche y otro más cayó, alcanzado en el centro geométrico de la cabeza.

Clive corrió hacia el porche donde estaba su hermano. Los pies le pesaban como dos bolas de plomo. Aún no había reaccionado después de su acceso de fatiga, y creía estar viendo una pesadilla.

Dio un traspié y cayó cuando ya estaba junto al porche. Uno de los pistoleros atacantes le vio.

—¡Es Clive Brandon! ¡Acribilladle!

Clive intentó poner en línea sus revólveres, pero comprendió que llegaría demasiado tarde. Por una décima de segundo de ventaja, los pistoleros que le estaban apuntando ya le abrasarían con su plomo. Clive apretó los dientes y se dispuso a morir matando.

Dos disparos resonaron en aquel instante.

Y los dos hombres que le apuntaban ya, cayeron al mismo tiempo, aullando, con sus cabezas atravesadas.

Richard, que acababa de hacer los disparos salvando la vida a su hermano, se tambaleó también al recibir tres balazos en el pecho. Estuvo a punto de romper con su peso la baranda del porche, pero se mantuvo en pie.

Clive, desde el suelo, balbució:

—Gracias…, Richard.

—No me las des, muchacho. Reza… por mí.

Tres balas más le atravesaron pecho y cuello. Richard se irguió cuanto pudo, para morir de pie, y disparó con sus últimas fuerzas las balas que quedaban en los cilindros a fin de terminar su vida disparando.

Al caer Richard, Nora apareció tras él con un rifle en las manos. Estaba como trastornada. Clive, mientras se ponía en pie, comprendió que a ella no le importaría morir.

De los tres pistoleros que quedaban en pie, sólo disparó uno. Pero fue suficiente para volar el cañón del rifle que empuñaba Nora, dejando a la muchacha indefensa.

Luego los tres se acercaron riendo a la mujer. La consideraban una presa apetitosa y no estaban dispuestos a dejarla escapar. Ninguno se fijó en Clive, al que ya consideraban muerto.

Uno de ellos gritó:

—¡Eh, muchacha, no tengas miedo! ¡Alex te protegerá de estos dos granujas!

Los otros dos «granujas» lanzaron una carcajada.

«Ales —pensó Clive—. Uno de los que mataron a Rangely y a Steve…»

Enfundó tranquilamente los revólveres y llamó:

—¡Eh, vosotros! ¡Enamorados!

Los tres pistoleros se volvieron a la vez, con las armas ya en la mano, rechinando los dientes de rabia.

Uno gritó:

—¡Maldi…!

No llegó a terminar la palabra. Clive Brandon disparaba a través de las fundas con una velocidad diabólica, alucinante, con una velocidad de pesadilla. Los tres hombres cayeron acribillados antes de que pudieran situar sus revólveres en línea de tiro. Cuando Clive terminó de disparar, después de agotar todas las balas de sus dos revólveres, los tres cuerpos eran igual que tres cribas.

«Mis compañeros han sido vengados», musitó.

Nora, como una sombra vacilante, llegó hasta él.

—Dios mío… —susurró—. Clive, ¿dónde está Jess? Clive aspiró con fuerza el aire de la noche, un aire que olía a pólvora, pero

también a misterio y a muerte.
En efecto, ¿DONDE ESTABA JESS?

CAPÍTULO XIV

«CHARLIE»

Las aguas del lago estaban quietas, y su negrura era siniestra como si cubrieran una tumba.

Jess se acercó a la casa. Todo se hallaba silencioso a su alrededor, y parecía como si no hubiese presencia humana en cien millas a la redonda. En la única ventana de la choza donde habitaba Sheila brillaba una luz. La muchacha debía estar allí.

En silencio, Jess se acercó todavía más.

Pensó entrar de repente y sorprender a Sheila. Quería decirle que la amaba y hacérselo entender por la fuerza si era necesario, ya que ella no había hecho nunca el menor caso de sus miradas ni sus insinuaciones. El corazón de Jess latía aceleradamente mientras se acercaba a la destartalada casa donde suponía que se encontraba la mujer.

De repente se detuvo.

Sheila, a la que creía en la casa, se acercaba por el sendero del lago. Llevaba un vestido nuevo y sus andares eran firmes, decididos, más firmes y decididos que nunca. Jess tuvo como un sobresalto; no parecía la misma. Luego se pasó la lengua por los resecos labios y vio como ella entraba en la casa. La puerta se cerró.

«Ha llegado mi momento», pensó Jess.

Pero algo le detuvo aún. Sheila le impresionaba, y para él era difícil dar aquel paso. Aguardó unos instadles aún mientras mil lúgubres pensamientos acudían a su cabeza. ¿Y si ya hubiese habido alguien esperando dentro de la choza? ¿Y si Sheila corriese algún peligro?

Sin saber por qué, pensó en Charlie. Quizá Charlie también pensaba eliminarla a ella. ¿Y si ya estuviese dentro de la casa cuando Sheila penetró? ¿Y si…?

Se puso en pie y, con la derecha apoyada en la culata del revólver, echó a andar hacia la puerta.

De pronto ésta se abrió, y Jess estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa y de horror.

Sus sospechas se habían confirmado.

Parque no se veía rastro de Sheila, y en cambio el que salía de la casa, medio ocultando con las alas del sombrero su rostro quemado, era… ¡Charlie!

Los ojos de Jess se fijaron en el cuchillo que Charlie llevaba al cinto. Un cuchillo con el que podía haber quitado la vida a Sheila silenciosamente. Rechinaron sus dientes en el silencio de la noche, y entonces Charlie lo vio.

Y vio también que Jess iba a desenfundar sus revólveres.

Se lanzó velozmente a tierra, mientras «sacaba» con una velocidad de pesadilla.

Jess aulló:

—¡Maldito…!

Y disparó a través de las fundas.

Vio que había acertado a Charlie en la cadera, en el hombro y a la altura del corazón. Él recibió a la vez un balazo en la cintura y se dobló, pero la herida casi le causó placer. ¡Porque su enemigo había recibido plomo mortal en tres sitios!

Charlie se revolvió en el suelo, bañándose en su propia sangre. Tambaleándose, Jess se acercó y le arrancó de un puntapié el sombrero que le cubría la cabeza.

Fue entonces cuando Jess Brandon lanzó un grito delirante, angustioso, un grito de verdadero loco.

Debajo del sombrero, hábilmente recogidos en una gruesa trenza, acababan de aparecer unos cabellos rubios. Jess se inclinó sobre el cuerpo caído a sus pies y arrancó de un tirón el grueso bigote que tapaba casi la boca. Con él se desprendió una membrana de piel quemada que estaba sujeta al párpado izquierdo y a la mandíbula, tapando medio rostro y deformándolo horriblemente. ¡Y debajo aparecieron las facciones de Sheila! ¡Las facciones

diabólicamente hermosas de Sheila!

—De modo que… —balbució torpemente Jess—. De modo que tú eres…

Sheila le miraba desde el suelo con ojos que se apagaban por instantes, pero que aún reflejaban un último sentimiento vital: ¡El odio!

—Sí —musitó ella, con un soplo de voz—. Yo soy la que sirvió al Sur, pero al mismo tiempo quise convertirme en una de las dueñas de esta tierra… Yo soy la que ha dado a mis hombres orden de eliminaros… para eliminar testigos… mo-les-tos…

Jess Brandon tenía en la garganta un horrible sabor a sangre.

—No es posible… —musitó.

Con sus últimas fuerzas, antes de expirar, Sheila apretó el gatillo. Jess casi no sintió la bala, que entró por debajo de su mandíbula y le atravesó de parte a parte la cabeza.

Estaba de pie. Y sin lanzar un gemido cayó sobre el cuerpo muerto de Sheila.

Apenas un minuto después, dos caballos llegaban a galope junto a la casa. En uno iba Clive, en el otro Nora.

Los dos se apearon ante los cadáveres. Y sólo al verlos comprendieron lo ocurrido sin necesidad de palabras. Nora lanzó un gemido y se puso a llorar sobre el pecho poderoso de Clive Brandon.

—Ella cambiaba aquí de ropa y de personalidad —explicó Clive en voz baja—, y Jess habrá creído que Charlie salía de la casa después de matar a Sheila. ¡Dios mío! ¡Él era el último de los Brandon!

—Quedas tú —musitó Nora.

—Cierto. Pero yo no sería nada si tú no estuvieses a mi lado.

—Te ayudaré a reconstruir la vieja casa, Clive. La vieja casa en la que nos conocimos y en la que te esperé durante cuatro años, y en la que…

—Y… en la que todos mis hermanos —musitó él con un débil brillo de lágrimas en lo más profundo de sus ojos—, aprendieron que los hombres deben morir de píe.

FIN